

Parzival '68

Un audio libro de Gerhard Illi

Música, texto y voz: Gerhard Illi

Copyright by Gerhard Illi

© Creative Commons CC BY-NC-ND

00 - Introducción

Parzival es un poema épico medieval germano, obra de Wolfram von Eschenbach. Data del siglo XIII y su argumento es la vida de Sir Parzival, un caballero de la corte del rey Arturo

El poema de Eschenbach fue inspirado por la última novela del francés Chrétien de Troyes, llamada Perceval o el Cuento del Grial, narrativa caballeresca en la cual se relata la búsqueda del santo Grial.

Siempre me cautivó esta historia de un niño apartado del mundo, torpe, ingenuo y sin experiencias. Por múltiples aventuras se convierte con el tiempo en caballero modélico y acede finalmente al Santo Grial.

Me parecía una idea tentadora realizar algo con música electrónica basado en esta leyenda. Sin embargo ¿Cómo abarcar toda esta riqueza de aventuras? Surgieron muchas dudas referentes a la posibilidad de crear una obra con música basada en el poema de Wolfram von Eschenbach.

¿Y por qué no producir un audio libro? ¿Y trasladar esta historia al tiempo actual? Obviamente ya no podía tratarse de un caballero medieval, tenía que ser otro personaje. Y de repente lo veía totalmente claro: un niño que quiere ser baterista. Siendo un autodidacta torpe llegará con el tiempo a la cima del conocimiento. Decidí usar los hilos narrativos, los nombres y topónimos del original. Así evito de mencionar personas reales, pero cada uno podría intuir el mensaje escondido.

01 - Gahmuret

No hace mucho tiempo, allá por los años treinta, vivía en Anschouve un tal Gandín. Era dueño y director de una afamada orquesta de swing que tocaba en multitud de salones de baile y grababa para la radio.

Un buen día murió Gandín. Y como era costumbre en aquel país, la Big Band pasó a manos de Galoes, su hijo primogénito. Este se dirigió a su hermano menor:

“Mira Gahmuret, como son las cosas, yo voy a seguir con la orquesta del padre, pero me gustaría que tu ocupases el puesto de trompeta solista”

Este le respondió:

“Lo siento Galoes, tú me conoces y mi anhelo por la libertad. Por esto prefiero echarme a la aventura y buscarme la vida como músico free-lance”.

Acto seguido, Gahmuret se despidió de su hermano.

No tardó mucho tiempo en adquirir una fama de trompetista extraordinario. Su música se podía escuchar en clubes de Jazz, en festivales e incluso en salas de conciertos.

Viajaba sin cesar de un lugar a otro para investigar y aprender aún más. Así una noche lluviosa llegó a la ciudad de Zazamanc. Escuchó unos ritmos de tambores en la lejanía. Al seguir la pista de los sonidos se encontró delante de un local de música africana. Las letras de neón rojo lucían Patelamunt. Entró sin pensárselo, como era su costumbre.

En cuestión de segundos, según nos han contado,

entabló amistad con una belleza negra. Ella se llamaba Belakana y resultaba ser la dueña del local. Empezaron a charlar tomando unos long drinks. Ella le confesó:

“Para decir la verdad, la cosa no va muy bien para este club, en la vecindad hay muchas locales que me hacen una brutal competencia. Si esto sigue así, pronto tendré que bajar la persiana, no sé qué hacer”.

Después de un trago, Gahmuret respondió:

“Creo que puede haber una solución. Hay que cambiar el estilo de música a algo más acorde con los tiempos que corren, introducir elementos del swing y del jazz, esto es lo que la gente pide hoy en día”.

Ella se dejó convencer y le contrató como gerente del club. Rápidamente este combinó su música con estos elementos étnicos y empezó a triunfar.

El público acudió en masa y los locales de la competencia tenían que echar el cierre. No tengo que mencionar que Belakana se enamoró profundamente de Gahmuret con el resultado de quedar encinta.

Como son las cosas, esta vida sedentaria, reglamentada y monótona no satisfizo a Gahmuret. Le tentaba otra vez la libertad y la ventura. Así una madrugada temprana se largó dejando atrás a Belakana con el hijo a nacer.

Otra vez libre, lleno de inquietud, él recorría de nuevo el submundo de los clubes de jazz. No se sabe porque de repente tuvo la idea de visitar su primo Kaylet, un respetable guitarrista que vivía en Toledo. Quizás tenía la intención de hurgar más en las tonali-

dades frigias que tanto se usan en la música hispana. Al llegar a la ciudad del Tajo, un transeúnte le informó:

“Kaylet no se encuentra en la ciudad, se celebra un gran festival en Kanovaleis y él es uno de los participantes. hace unos días se ha ido”.

En tales circunstancias Gahmuret decidió proseguir su viaje y seguir a su primo.

02 - Herzelayde

Herzelayde de Kanovaleis estaba sola. Castis, su marido había muerto hace poco y ahora ella era dueña y jefa no solamente de un club de jazz, sino también de las empresas discográficas Waleis y Norgals.

Poco tiempo después de los sepelios, Kyberg, el administrador de la casa se dirigió a ella:

“Necesitamos urgentemente un gerente que dirija todas estas empresas. Esta tarea es demasiado pesada para ti sola. ¿Qué te parece si convocamos un gran certamen o festival? De esta manera quizás encontraremos la persona adecuada para el puesto.”

Con esta idea en la mente se convocó un gran concurso musical para encontrar el personaje idóneo. El jurado estará compuesto por todos los participantes bajo la presidencia del venerable profesor Gurnemanz de Graharz.

Al acercarse el fin de semana de pentecostés, una gran multitud de músicos, provenientes de innumerables países, empezó a llegar a Kanovaleis. Todos eran mundialmente reconocidos maestros de su estilo. Obviamente no pudo faltar Lähelin, el gran representante de espectáculos y magno empresario. Él estaba convencido de ganar el festival y hacerse con las riendas de las discográficas de Kanovaleis. De esta manera pensaba ampliar su dominio del mercado musical convirtiéndose en el magnate más importante detrás de rey Arturo.

El público acudió en masa para no perderse este

evento único. Si uno, en la víspera de los conciertos, deambulaba el por el recinto, podía escuchar por doquier el sonido de los solistas calentando los motores. En este tohuwabohu se podía distinguir Gaschier de Normandía con su piano, en frente afinaba Brandelidelin de Puturtoys su saxo tenor. No muy lejos se oía a Utepandragun y su órgano. Detrás de escenario ensayaba la orquesta de Lot de Norewäge. La tuba inconfundible de Schyolarz de Pytouwe no podía faltar. De lejos se escuchaban el trombón de Orilus y el violín dulce de Sir Lanceltot del Lago. Al otro lado del valle montaba Ither de Gahaviez su batería, cerca de él se colocaron unos caribeños e incluso la cantante Ampflise de Francia probaba su equipo de sonido. Claro, sin olvidar a Kaylet de Hispania, no hay que sorprenderse de que en la entrada al recinto se encontró Lählin con su clarinete. Había muchos más artistas pero de sus nombres ya no me acuerdo.

A Herzeloide le parecía casi imposible de inclinarse en este momento por un artista en concreto. Todos tenían sus pros y sus contras, hasta que en un momento inesperado ella escuchó un sonido embaucador viniendo de lejos. Desconocía quién era el trompetista y mandó a su gerente Kyberg a indagar. A la vuelta él informó a Herzeloide:

“Se trata de un tal Gahmuret, un músico de jazz oriundo de Anschouve. No obstante, este no va participar en el festival, porque se enteró por su primo Kaylet del fallecimiento de su hermano Galoes y ahora está de luto y no quiere tocar”.

Esta noticia no cambió para nada la opinión de Her-

zeloyde, ella estaba convencida de que este Gahmuret será el ganador del festival aunque no participaría. Lo que se llama un flechazo en toda regla. Y por la noche avanzada ella se acercó a hurtadillas a Gahmuret para crear hechos consumados acostándose con él.

Por la mañana empezó a desarrollarse el programa previsto. Todos los músicos subieron a los distintos escenarios para presentar su arte al público enfebrecido, todos menos uno, como ya sabemos. Al final del festival se reunió el jurado, aunque solamente era para guardar la forma. El triunfador incuestionable era el no participante a pesar de alguna que otra queja. Ni las razones esgrimidas de Lähelin: "Gahmuret ya está casado con una mujer negra de Zazamanc y que con ella tiene un hijo" ni el hecho reseñado por la cantante gala Ampflise: "Gahmuret es mi prometido desde la infancia tierna", podían cambiar el parecer de Herzeloyde.

El mismo día se celebró la boda y Gahmuret se convirtió en marido de Herzeloyde y jefe y copropietario del club de Jazz y de las empresas discográficas.

03 - Kanovaleis

Otro cambio brutal en la vida de Gahmuret, ahora ya era administrador y copropietario de la empresa Kanovaleis con las dos discográficas Norgals y Waleis y su sala de Jazz. Ante todo tenía que negociar con Lähelin a causa de la orquesta “Gandín”. Muerto su hermano Galoes, era indispensable encontrar un gerente para la banda de swing. Se firmó un contrato de cesión temporal con el magno empresario para tal efecto, y este aceptó alegremente: otro artista más en su portafolio.

Para Gahmuret se acabó la vida de trotamundos y el lucirse con la trompeta en clubes de jazz. Ahora lo podemos escuchar a diarias en su oficina:

“Dame este informe ... cómo están las ventas ... y qué pasa con el copyright de los autores ... ya se han pagados los salarios de los empleados? ... recuerda que mañana se termina el plazo de la declaración del IVA ... por favor no olvides de pagar los seguros obligatorios ... y pronto vendrá el IRPF ... boo ...esto es un sin vivir ... casi se me olvida que en el fondo soy músico y no economista ... me invade una profunda morriña, mas que puedo hacer ...”

Sin embargo los problemas no se acabaron aquí. El panorama musical se estaba cambiando. Un nuevo estilo llamado “Bebop” empezó a desplazar al vetusto swing.

“Pero ¿de dónde voy a sacar el tiempo necesario para aprender todas estas nuevas armonías y mod-

ulaciones? ¿Y dónde puedo encontrar músicos capacitados de tocar el “Bebop”? Habrá que grabar y editar urgentemente discos de este estilo novedoso.”

Y si esto no fuese bastante, una subcultura musical de los barrios marginales estaba atrayendo al público cada día más.

A pesar de que esta nueva moda por su simpleza tonal y armónica no convenció a Gahmuret, era necesario seguir al dictado de los mercados, si uno quiere sobrevivir en este negocio durísimo.

Para complicar aún más el panorama se inventaron los discos de vinilo con microsurcos haciendo obsoletos los de goma laca. Consiguientemente era necesario transformar toda la cadena de producción.

Tantos cambios en tan corto tiempo afectaron fuertemente a Gahmuret. Él cayó en una profunda desesperación. Un músico sin poder expresarse mediante su instrumento no es un músico, es un espectro de sí mismo.

Herzeloyde ya estaba embarazada. Al mismo tiempo se daba cuenta de que algo faltaba a Gahmuret, algo que ella no pudo darle. Para salir de las mil y una dudas se dirigió a un sicólogo buscando sabios consejos. El profesional observó rápidamente que Herzeloyde tenía mucho miedo de perder a Gahmuret, como lo que pasó a la mujer negra:

“La solución podría ser dar algunas libertades a Gahmuret en vez de amarrarle firmemente, dado que un pájaro jamás se acostumbraría a vivir en una jaula aunque sea dorada. Un artista necesita la vía libre

para desarrollar su vena creativa.”

Para no perder al padre de su hijo a nacer, Herzeloyde daba su consentimiento para que Gahmuret saliese de vez en cuando a tocar su querida música en clubes de Jazz. A partir de este momento se escuchó de nuevo esta trompeta inconfundible. El tema favorito era “Blues para ...” sin dar un nombre. ¿Sería para Herzeloyde, para Belakana o incluso para Ampflise u otra? Quizás ni él lo sabía. Iba deambulando entre dos mundos tan distintos.

Todo iba bien hasta que un día Gahmuret no regresó de su viaje. En vez de su persona se presentó Tapanis, su baterista preferido. Su mensaje era demoledor:

“Lo siento, pero os traigo malas noticias: Gahmuret siempre buscaba la totalidad en todos sus sentidos, no solamente en lo musical, sino en todas experiencias posibles. A causa de este anhelo desmesurado hace pocos días Gahmuret ha muerto en Bagdad por una sobredosis de heroína.”

04 - Soltane

Muerto Gahmuret, Herzelayde cayó en una profunda depresión. Ya nada tenía sentido. Lo único que la mantenía viva era el bebé a nacer. Ella tomó la decisión de apartarse del mundo y dedicarse exclusivamente al cuidado del niño y a su educación.

No muy lejos de Kanovaleis se encontraba la hacienda "Soltane", propiedad de la familia. Estaba ubicada en un valle frondoso que a su vez circundaron montañas escarpadas. Su único acceso era a través de un sinuoso sendero de tierra. A este sitio alejado del mundo decidió Herzelayde retirarse para dar a luz.

Pero antes tenía que solucionar el problema de la administración de sus empresas. Ella quería encomendar esta tarea otra vez a Kyberg, su antiguo administrador. Mas este respondió: "Gracias por la confianza, sin embargo ya tengo mis años y no me considero con bastante fuerza para cumplir con este trabajo. ¿Porqué no hablas con Lähelin? Él tiene mucha experiencia en estos negocios."

Ella se puso en contacto con Lähelin. Se elaboró otra vez un contrato de cesión temporal hasta que el niño alcanzase la mayoría de edad. No tengo que subrayar que Lähelin aceptó gustosamente. Acto seguido, Herzelayde se trasladó a su nueva morada. Allí se encontraba una casa señorial de siglo XIX. Unos pocos empleados y sirvientes estaban a su disposición. Visitas no eran bienvenidas. La mayor preocupación de Herzelayde consistía en impedir a toda costa el contacto

con el mundo musical. Prohibió a todos cualquier actividad musical y cualquier mención de Gahmuret.

Cuando nació el niño le puso el nombre Parzival que significa “a través del valle”, sin embargo nunca lo llamó así. Siempre se dirigió a él con “niño bonito mi dulzor”. Era una infancia totalmente protegida a pesar de vivir en plena naturaleza. Si el niño estaba al punto de caerse, la madre ya estaba allí para impedir la caída. Si se ponía una piedra en su camino, la madre la quitaba, y si a pesar de todo tropezaba con algo, la madre le cogió con sus manos antes de que él tocara el suelo. Herzeloide no le cantaba ni una nana para no despertar su sentido musical. A los empleados y trabajadores de la hacienda estaba totalmente vetado de tocar cualquier instrumento musical. Era como vivir en un mundo átono sin sonidos armónicos.

Pasaron los años y el niño creció bajo la atenta mirada de su madre. Sin embargo también creció su curiosidad. Querría saber donde se encontraba y conocer las cosas más allá de los confines de la casa residencial. A veces el chaval logró escaparse del control materno y explorar los alrededores del cortijo. Empezó con pequeños paseítos por los campos cercanos. En una de estas mini excursiones Parzival escuchó los labradores de la hacienda marcando el ritmo de la siega con sus palmas. Intentó de seguirles al compás. Cuando Herzeloide se daba cuenta del suceso, prohibió a los empleados de seguir con esta costumbre.

Poco tiempo después, Parzival oyó un leñador que cantaba mientras talaba unos árboles. Intentó de emular al trabajador.... con el resultado que Herzeloide

despidió inmediatamente al pobre hombre.

En el campo vivían muchos pájaros, pero cuando Parzival se esforzó en imitar sus cánticos silbando, su madre mandó a matarlos todos.

En fin, un mundo apartado de cualquier inspiración armónica. No se permitían visitas al cortijo, no se mencionaba para nada su padre ni que existiese un mundo musical.

Para colmo, Herzeloyde se había vuelto religiosa.

“Mira niño bonito mi amor, existe un ser superior, llamado dios. El está envuelto en un esplendor de luz brillante, rayos dorados salen de su persona. Le acompañan ángeles bañados con una luminiscencia casi cegadora. Dios y sus ángeles viven en el cielo, pero a veces bajan a la tierra para controlar si todos somos buenos. Su recompensa es la entrada al paraíso y a la gloria eterna. No olvides, Dios observa todos tus pasos y valorará tus hechos.”

Estas pláticas se siguieron casi a diarias. Cada vez hablaba más al chaval de la belleza de dios envuelto en un fulgor centellante, de la hermosa aparición de los ángeles divinos, de la buena conducta, del camino al cielo y de la recompensa por el paraíso. No le enseñó escribir y leer, nada de matemática o biología, para no mencionar la creatividad artística. Según la voluntad de Herzeloyde el futuro de Parzival sería ermitaño, monje o religioso muy alejado del mundo terrenal.

05 - Encuentro

Lentamente se retiró el invierno del valle. Aún quedaban restos de la nieve en las laderas montañosas, pero el sol primaveral empezó a calentar los prados y sembrarlos con manchas coloreadas de flores. Parzival ya no era un niño, hace poco cumplió los 18 años. Tenía un cuerpo bien formado, una cara hermosa con una fina barba reciente, pelo liso no muy corto, en fin, un aspecto muy encantador. Lleno de energías después de la hibernación forzosa, decidió aprovechar el buen tiempo y empezar a dar unos paseos por el campo. Cada día sus excursiones se alejaban más de la casa materna. Más allá de los campos de cultivo y de los pastizales se extendían tierras baldías y forestales.

Un día, penetrando más de lo habitual en la espesura del bosque, Parzival detectó un camino asfaltado, de cuya existencia no tenía conocimiento. Inquisitivamente optó por seguirle, a ver a dónde conduce. De pronto se percató de un zumbido totalmente desconocido que venía de lejos. Dirigió sus pasos en la dirección del ruido, decidido de indagar este fenómeno. Al avanzar, este sonido se hacía cada vez más fuerte. Los rayos solares dorados de la tarde iluminaron cada vez con menos fuerza. Los árboles se abrieron lentamente para ceder su espacio a un claro de bosque. En el fondo oscuro se vislumbraba una casa, con un estrado delante. De este sitio destellaba un fulgor de luz blanco y coloreado, acompañando unos ritmos sonoros potentísimos.

Aturdido Parzival dobló las piernas y apoyó las rodillas en el suelo. Con voz apenas audible empezó a rezar. “Dios mío, ¡ten misericordia de mí, y bendíceme! ¡Haz resplandecer tu rostro sobre mí!” En este momento se paró el sonido. Un hombre vestido con unos vaqueros negros y camiseta roja semi abotonado se bajó del escenario y se acercó al chaval arrodillado.

“Dios mío, qué hecho yo para que tú me aparezcas con todo tu esplendor” gimió Parzival. “¿Y si no eres tú mismo, por qué me mandas unos ángeles celestiales envueltos en rayos de luz?”.

“No te hagas el tonto, tío” respondió Karnahkaranz de Ulterlec quitándose las gafas de sol negras, “Somos músicos de un grupo de beat y estamos ensayando nuestro show para el festival que organiza el rey Arturo en Nantes.”

“Señor Dios o señor ángel ¿Qué es esto de músicos y de grupo beat?”.

“Ni somos dios ni ángeles, somos beatniks, humanos de carne y hueso como tú. Tocamos instrumentos y por esto somos músicos. Juntos formamos un grupo. Y el beat es el tipo de música que nos gusta y que interpretamos y por esto nos llaman beatniks”.

“Pero este fulgor resplandeciente?”

“Se trata de focos y cañones de luz que iluminan nuestro escenario”

“¿Y este ruido, de donde proviene?”.

“Mira tío” empezó a explicarle Karnahkaranz de Ulterlec “Esta es una guitarra eléctrica que se usa para

hacer solos y para acompañar ... y aquello un bajo eléctrico que pone el fundamento harmónico ... Ambos se usan para tocar el beat, así se llama nuestra música”.

“Y qué hace él del fondo que maltrata golpeando tantos cacharos”.

“Este es el baterista que pone la base rítmica”.

“Esto me gustaría, dar golpes sin cesar como lo hace este hombre. ¿Y qué hay que hacer para convertirse en baterista?”

“Pues hazte con una batería y empieza a practicar. Si quieres saber donde se pueden encontrar más músicos como nosotros y donde te podrías consagrar como baterista, entonces tendrías que ir a Nantes donde tiene la residencia el rey Arturo. Y si eres bueno, él te hará un contrato y te convertirás de esta manera en músico profesional. Nosotros estaremos allí también. Mas ahora déjanos seguir con el ensayo”.

Pensativo Parzival emprendió el camino a casa. Lo tenía cada minuto más claro, él querría ser como estos hombres, un músico profesional. Empezó a correr para llegar cuanto antes a casa para hablar con su madre sobre este encuentro providencial.

06 - Adiós

“Madre, he visto una cosa aún más maravillosa que Dios o sus ángeles. He visto hombres que son músicos hacen un ruido llamado beat.”

Os podéis imaginar el susto y la desesperación de Herzeloyde al escuchar las palabras de Parzival. Todo su empeño ha sido precisamente evitar que esto suceda. Y ahora todo parecía en vano, sobre todo cuando Parzival proseguía: “Yo también quiero ser baterista.” Herzeloyde empezó a respirar pesadamente, se le torcían los ojos, estaba gimiendo, buscaba un sostén sin encontrarlo y lentamente se deslizó al suelo desmayándose profundamente. Después de un buen tiempo, Herzeloyde abrió los ojos llenos de lágrimas.

“Mama, a mi me han dicho que para ser baterista autentico es necesario dirigirse a Nantes. Allí, según ellos, vive un tal Rey Arturo y si eres bueno este te dará un contrato consagrándote como músico profesional. Por esto necesito una batería para encaminarme hacia Nantes.”

Herzeloyde se percató de que ya nada podría cambiar la voluntad de Parzival. Pensativa se retiró a su aposento. Abatida emocionalmente querría consultar con la almohada. Después de un buen rato empezó a surgir una idea en su mente. ¿Qué pasa si él en vez de triunfar como baterista se convertiría en el hazmerreir del público? Entonces, él volverá seguramente otra vez a Soltane renunciando a su sueño.

La decisión tomada, Herzeloyde puso manos a la

obra. Encargó a los empleados de la hacienda construir una batería a base de cajas vacías, de cacerolas, de cacharros inservibles y cosas similares. Lleno de alegría, Parzival empezó a escudriñar primero y tocar después este instrumento percusivo. En pocos instantes estaba convencido que esto cambiará su vida.

“Mamá, mañana a primera hora partiré para buscar mi dicha, pero para este fin necesito un medio de transporte ya que la batería pesa mucho”.

Herzeloyde se acordó del vetusto tractor mula con su remolque que estaba sentenciado para el desguace. Asimismo buscó en un armario unos vestidos que podrían servir como atuendo para el escenario. Finalmente halló un traje de payaso y un gorro de fieltro que aumentarían aún más la ridiculez del show venidero. Entusiasmado Parzival se vistió con la nueva indumentaria. Parecía que el plan funcionase.

Esta misma noche Herzeloyde daba a Parzival los últimos consejos para su partida:

“Que siempre tengas respeto a la otra gente. Saluda a otras personas cortésmente. Si encuentras un hombre mayor con pelo blanco, acéptale como maestro, porque él sabe lo que hace. Si coincides con una bella mujer, dale un beso y consigue un regalo de recuerdo de ella. Si te hallas delante un edificio majestuoso con mucho público, entra, porque se trata de una iglesia y ahí vive Dios. Asimismo tienes que saber que hay un tal Lähelin, un empresario y representante. El administra las discográficas Waleis y Norgals que son tuyos.”

“No te preocupes madre, ya hablaré con él y tomaré

las riendas de mis empresas”

Por la madrugada temprana, la batería cargada en el remolque y el tractor mula arrancado, Parzival daba el último beso de adiós a su madre. Mientras él se alejaba alegremente, lleno de espíritu aventurero, Herzeloide se desplomó con un gemido apenas audible.

07 - Jeschute

Los primeros rayos del sol iluminaban el sendero que serpenteaba por el bosque. Hacia el medio día, la arbolada se aclaraba algo. El camino bordeaba ahora a un pequeño riachuelo que fluía dirección de una llanura fértil. No hubo puente o vado alguno que permitiese cruzar a la otra orilla. Hubo que seguir al arroyo mientras que el paisaje se aplanaba cada vez más. Lejos quedaba ya el paisaje agreste de Soltane y sus bosques salvajes. Al caer el sol, Parzival buscó un pequeño prado, acomodó su saco de dormir sobre la hierba fresca, cerró sus ojos y empezó a soñar con la vida de un gran baterista.

Por la mañana temprana prosiguió con su viaje. Por fin detectó un puente por lo cual cambió a la otra orilla. Poco tiempo después de haber cruzado el fluyente, un Volkswagen Bus, aparcado en la sombra de un roble majestuoso, llamó su atención. Un toldo, fijado en la furgoneta, daba algo de sombra. En esta penumbra yacía una doncella semidesnuda. Una música suave procedente de un transistor envolvía toda la escena bucólica. Parzival se bajó del tractor y se acercó a la bella durmiente. Empezó a besarla. Ella intentó de presentar resistencia, sin embargo el instinto del macho era más fuerte. “Mi madre me ha dicho que tengo que besar a las mujeres guapas” gimió Parzival consumiendo el acto. En este momento detectó el anillo dorado que lucía en su dedo de la muchacha. Con un movimiento rápido lo quitó obedeciendo a las palabras de su madre. De la misma manera se apoderó

de la horquilla plateada. Se levantó, miró a la mesita de camping que se encontraba detrás de la furgoneta, cogió la botella de vino y los restos del asado para su merienda. Jeschute, este era el nombre de la joven, insistió una y otra vez que se largase ante el peligro de la vuelta de su novio, Orilus. Un último beso “Me llamo ‘niño bonito mi dulzor’, ha sido un placer”, arrancó el tractor y sin mirar atrás prosiguió su camino.

A los pocos ratos volvió Orilus a su campamento. Rápidamente se daba cuenta que algo extraño había sucedido. Jeschute le confesó los hechos, que un chaval joven y de una hermosura extraordinaria, a pesar de llevar unos harapos de payaso, la había besado primero y abusado de ella después. Y que a continuación se apoderó de las dos joyas. Orilus sospechando que ella con este chaval disfrutaba, se enfureció bastante.

“No te lo creo, seguramente has disfrutado con este chalado. No te voy a perdonar y no te comprará ni cerveza ni hachís y ni me acostaré contigo hasta que todo este suceso se haya aclarado. Recoge todo y vamos en su búsqueda.”

Mientras tanto, contento con su primera aventura y sin idea de que le perseguían, Parzival continuaba su viaje dirección a Nantes. Saludó cortésmente a toda la gente que encontraba en su camino: “Dios os guarde. Así me aconsejo decir mi madre” a lo cual muchas personas respondieron con humor o incluso con burla. La calzada discurría ahora encima de un terraplén. De repente se oyó un lamento conmovedor. Parzival frenó el tractor y se bajo para ver de dónde sale este

lloriqueo. Al pie del repecho se encontraba una mujer totalmente desconsolada. Al lado de ella se hallaba el cuerpo inmóvil de un hombre. Lleno de compasión Parzival preguntó por lo sucedido y si él pudiese ayudar en algo. Sigune, así se llamaba la desdichada, le explicó:

“Schionatulander, mi novio, iba con Orilus a dar una vuelta con la Harley Davidson con tal mala fortuna que al entrar en esta curva tropezó con una rama caída de un árbol. Él perdió el control de la moto, se deslizó sobre la gravilla y rodó finalmente la ladera del terraplén abajo donde se desnucó. Te agradezco mucho que te hayas parado para ver si me podrías ayudar. Pero como ves, aquí ya no se puede hacer nada. Espero y deseo que por lo menos a ti no te pase una desgracia como esta. ¿Se puede saber cuál es tu nombre?”

“A mí me llamaron siempre niño bonito mi dulzor”

Al escuchar estas palabras Sigune, que era la sobrina nieta de Herzeloide, se acordó del niño de Soltane.

“Tu nombre no es “niño bonito mi dulzor”, tu nombre verdadero es Parzival, a través del valle. Tu padre es Gahmuret de Anschouwe y gracias a él te pertenece la orquesta Gandín y el club de Jazz Patelamunt de Zazamanc. Por parte de tu madre eres el dueño de las discográficas Waleis y Norgals de Kanovaleiz.”

Al despedirse, Sigune le indicó la dirección falsa por el temor que le pudiese pasar algo malo. No obstante, Parzival continuaba su camino. Al anochecer detectó una cabaña de un pescador. Teniendo hambre y sueño llamó a la puerta. Un hombre viejo, sucio y

desalineado le abrió la ventanilla. Le dijo a Parzival que no le puede dar hospedaje ni comida alguna siendo muy pobre, salvo si hay dinero por medio. Parzival le mostró la horquilla y el trato estaba hecho. Por la mañana el pescador acompañó Parzival hasta cerca de Nantes recibiendo la horquilla como recompensa.

08 - Nantes

Delante de los ojos de Parzival se extendía un paisaje suavemente ondulado. Los rayos matutinos del sol pintaban todo con su luz dorada. En el horizonte se distinguía una edificación majestuosa, situada en la cúspide de una pequeña colina. Por fin, se pensó Parzival, allí estará mi suerte. Con decisión firme encaminó su tractor en esta dirección. Allí empero hubo algo más, algo que atrajo súbitamente su atención, una batería, de color rojo vivaz, encima de una pequeña tarima. A su lado se veía a un hombre vestido con ropa vaquera, también de color rojo profundo.

“Dios os guarde. Así me aconsejó decir mi madre”

“Joven noble, Dios os recompensa a vos”

respondió Ither de Gahaviez, manager de la sala Cumberland, conocido por el apodo “El diablo rojo”. En su mano izquierda sostenía un cáliz de oro puro.

“Mira joven hermoso, este vaso pertenece al rey Arturo. He pedido a él que me devuelva la gerencia del club Bertane, a lo que él se negó, aduciendo que soy solamente un músico mediocre y no merecedor de su gracia. Me puse enfurecido, cogí su copa de oro lleno de vino y tiré el contenido en su dirección. Maldiciéndole me fui llevando el cáliz conmigo. Si ahora vas a visitar este tipejo, como supongo, dile, si él quiere recuperar su vasito, que me mande un baterista, con el cual haré un combate musical. Demostraré quién soy yo, el “diablo rojo”, mundialmente reconocido por mi arte de tocar los tambores. Solo en el caso que el con-

trincante sea mejor y me supere, devolvería el cáliz.”

Parzival asintió reemprendiendo su camino hacia la residencia arturiana. Entró por un portal gigantesco que permitía el acceso a un patio monumental que más bien parecía una plaza mayor de cualquier gran ciudad. Alrededor de incontables mesas se veía un montón de personas sentadas bebiendo y comiendo. Entre ellas, para mencionar únicamente las más famosas que me vienen a la mente, se encontraban el esmerado violinista Sir Lancelot del lago, el elegante Gawain con su guitarra, Galahad, Erec, Iwein y un sinfín de músicos excelentes, sin olvidar a Ginover, la esposa del rey Arturo. Parzival se quedó estupefacto y paró su tractor en medio de la muchedumbre. De repente apareció un muchacho joven, que preguntó a Parzival que querría.

“¿Cuál de todos estos artures es el rey Arturo, que tiene que darme un contrato? tengo que hablar con él”

Iwanet, este era su nombre, guió Parzival, que no se bajaba de su vehículo, a través de la muchedumbre hasta llegar a una tabla redonda.

“Dios os guarde a todos. Así me aconsejó decir mi madre. He venido para que el rey Arturo me hiciese un contrato para convertirme en baterista profesional”

No tengo que describir a vosotros, estimados oyentes, la carcajada y el alboroto que originaron estas palabras de nuestro héroe.

Incluso la cantante Cunnevere empezó a destern-

illarse. Ella había jurado en su tiempo de que no se riese hasta que no aparezca en esta corte el futuro salvador de la música. Kaye, el bajista y mayordomo de la corte, la golpeó fuertemente. Él no veía nada especial en este payaso con su chararra, mas ella siguió con su hilaridad a pesar de los porrazos recibidos.

“Delante de vuestra residencia se encuentra un hombre vestido con vaqueros rojos al lado de su batería. Me encomendó decir a vos que él solamente devolverá vuestro cáliz si hay un baterista que aceptase el reto de un combate musical demostrando ser mejor instrumentista que él”

A pesar de la multitud de solistas presentes, nadie se atrevió a medirse con este maestro de los tambores. Ante esta situación, Parzival expuso que él sí se ofrecería a tal duelo, bajo la condición, de que después de haber ganado la prueba, el rey Arturo le diese un contrato y la batería del “diablo rojo”. Después de unos momentos pensativos y dado que ninguno de los presentes se declaró dispuesto a aceptar el desafío, el rey Arturo asintió, lamentando que este chaval hermoso se convertirá en el hazmerreir por toda su vida.

Parzival puso el tractor de nuevo en marcha, salió de la residencia y se dirigió hacia el “Diablo Rojo”. Al llegar le dijo:

“Arturo me ha dicho que yo tengo que devolver la copa vencéndote con mi batería y me ha dado tu batería y un contrato como recompensa”

“No tan rápido mi querido payaso, aún soy yo uno de los mejores bateristas y tú no eres nada más que

un bufón principiante. Dudo que tú seas capaz de superar mi arte rítmico. Pero vale, me voy a divertirme un rato con tu tocata chapucera”

Parzival descargó sus chismes del tractor. Con sumo cuidado empezó a montar su instrumento, se sentó en su sillín y cogió con sus manos los dos cucharones que le servían como baquetas.

“Sígueme si puedes.”

Parzival empezó a escuchar atentamente los ritmos de Ither para después responder con sus sonidos. La disputa iba cada vez a más. El sol brillaba y calentaba sin piedad. La tarde se tornó sofocante. Los dos ya estaban cubiertos de sudor. Pero esto no impedía que Parzival acelerase sin cesar su frecuencia de golpeo. Con cada minuto se agudizaba más el jadeo de Ither, sus ojos se pusieron blancos. Con el aliento recortado titubeó:

“Ya no puedo más, estoy agotado”

Y con estas palabras su mano derecha se fue al corazón, la respiración se cortó y él cayó al suelo. Iwanet, que por curiosidad había seguido a Parzival, se acercó de prisa a Ither, para ver lo que está pasando. Al instante se dio cuenta que Ither había muerto, seguramente a causa de una parada cardíaca, consecuencia de su edad avanzada y del esfuerzo desmesurado en su intento de doblegar al chaval.

Impasible, Parzival solo veía la batería roja, su batería, no prestó atención alguna al cuerpo sin vida yaciendo en el suelo, únicamente intentó desmontar su nuevo instrumento. Sin embargo, no tenía ni idea

como hacerlo. Menos mal que Iwanet había trabajado de tiempo en tiempo como roadie. Por esta razón sabía perfectamente cómo hacerlo. Entre los dos desarmaron los tambores y platillos para guardarlos en el Ford Transit rojo de Ither.

“Ya tengo el contrato prometido del rey Arturo, la batería roja y encima un coche mejor que mi tractor. Tu puedes devolver el cáliz al rey Arturo mientras yo voy a buscar mis aventuras.”

Iwanet insistió que Parzival cambiase de ropa, que con estos harapos no debería seguir y sería conveniente de ponerse el traje rojo, que hacía juego con la batería y la furgoneta. Asimismo, le aconsejó, que después de este lamentable suceso y muerte, sería mejor que se largase ahora. Un abrazo, y Parzival se montó al volante, dispuesto a conquistar el mundo musical.

La noticia de la defunción de Ither causó gran impacto en la corte del Rey Arturo. Todos allí presentes lamentaron profundamente la perdida de este admirado baterista. Algunos incluso pensaron, que este trágico suceso podría ser la premonición de que una época se acercase a su final.

09 - Gurnemanz

Lleno de alegría y sin rumbo fijo, así se encontraba Parzival al volante de su flamante Ford Transit, la batería del “Diablo rojo” cargada en la parte trasera. Estaba convencido que ahora sí se había convertido en autentico baterista profesional. No veía el paisaje lindo por donde serpenteaba la carretera, no se daba cuenta de la hermosura de los campos primaverales, y apenas prestó atención al escaso tráfico con cual se cruzaba. Obviamente no tenía ni la más remota idea como ganarse la vida con los tambores, aunque esto de momento no le preocupaba. Sin embargo otro asunto le intranquilizó. ¿Qué se hace con una batería? ¿Pero donde se toca? ¿Con quién? ¿Con un grupo beat como aquellos beatniks? ¿O mejor en solitario como parecía que era costumbre del “Diablo Rojo”? ¿Quizás en campo abierto? ¿O existen sitios específicos para tal menester? Él desconocía totalmente que existen salas, salones, pubs, teatros, cines y muchos tipos de locales, todos aptos para conciertos y actuaciones en vivo. No, su único problema era: que hacer ahora con esta batería suya.

La carretera se estrechaba paulatinamente y empezó a zigzaguear. Un bosque incipiente bordeaba la calzada que subía imperceptiblemente la loma de una colina. Ya en la cúspide se encontraba una de estas típicas áreas recreativas. No se veía gente alguna. Parzival se detuvo al lado de un banquillo de piedra, abrió la puerta trasera de la furgoneta y sacó la caja. Lleno de inquietud empezó a acariciarla con sus

manos, para después escudriñar sus sonidos con las baquetas.

¡Qué maravilla, qué cantidad de timbres diferentes! Esto ya era otra cosa que sus cachivaches de lata y latón. Una ola de felicidad invadió su mente.

De repente se daba cuenta que el trayecto del sol se acercaba cada vez más al horizonte, indicando la aproximación de la noche. Era menester de recoger el tambor y pensar en un sitio para trasnochar.

Contentísimo prosiguió su camino a ninguna parte, hasta que llegó a una pequeña aldea. La luz suave de la tarde empezó a dejar sitio a la oscuridad de la noche. En este lugar avistó uno de esos típicos clubes que tantas veces se encuentran en los márgenes de cualquier carretera. En la pancarta iluminada encima del portal se podía leer "Route 66 – Music club". El espacio del pequeño parking delante del edificio estaba al límite de tantas motocicletas y sidecars.

Una muchedumbre entraba y salía del edificio, la mayoría vestida con vaqueros o cuero negro, hombres con pelo largo, algunos con barba o bigote, mujeres con minifalda. ¿No le habrá dicho su madre, que si encontrase un edificio majestuoso con mucha gente debería entrar, ya que en este sitio vive Dios?

La decisión tomada de seguir los consejos de Herzloyde, Parzival aparcó el Ford Transit y entró. Desde los altavoces retumbaba el típico hilo musical de estos establecimientos. Algunas personas, en la pista del centro fumando, con un vaso en su izquierda, se movían al ritmo, mientras otras tertuliaban en la bar-

ra, la mayoría con una mano apoyada en el mostrador. Pero ¡Qué es esto! Al final del salón se vislumbraba un escenario con luces y focos brillando. Igual que en el bosque de Soltane, esto era su primer pensamiento. Y encima, allí se encontraba un batería completamente montada. Empero no se veía ningún músico, parece que este día no estaba programado un concierto. “Yo soy batería profesional” exclamó Parzival y se acercó al plató. Subió al estrado, se sentó en la batería e intentó seguir a la música del fondo. Claro, seguramente lo habéis adivinado, él no tenía ni la más remota idea como marcar el compás del Rock’n Roll. La reacción de público fue entre la incredulidad, el asombro y la risotada. Probablemente lo tomaron por uno de estos alumbrados, que por inspiración etílica se consideran aptos para tocar los tambores, y no hay Dios que les impide su intención.

A los pocos ratos se le acercó no solamente el manager del club, sino también un hombre mayor con pelo blanco. “Así no se debe tratar tal magnífica batería Ludwig, y encima no es tuya, esto es una pena. Déjalo ya. Si tu quieres te podría ensayar algo para que aprendas a convertirte en baterista de verdad.” Esto le dijo Gurnemanz de Graharz, el venerable profesor, que ya conocimos en el festival de pentecostés siendo el presidente de aquel jurado. Agradecido, Parzival aceptó gustosamente la invitación de acompañarle a su casa. Obvio, su madre le había dicho que siguiese los consejos de un hombre de pelo blanco, dado que este sabe lo que hace.

10 - Graharz

No lejos del club se hallaba la casa del anfitrión. A su lado se encontraba otro edificio, estilo funcional. Una señal indicaba “Academia de música Graharz”. En los alrededores pululaban jóvenes, seguramente estudiantes de la institución. A este lugar se dirigieron Parzival y Gurnemanz. Al llegar acudieron algunos estudiantes y ayudaron a descargar la batería. La guardaron en una pequeña habitación que en su puerta ponía “Ensayo percusión A12”. A continuación Gurnemanz convidó a Parzival para la cena. Los platos fueron servidos por Liaze, su hija encantadora. Después de la copiosa comida, acompañada de un buen vino, Gurnemanz querría saber más de su huésped, sobre todo quién era y cómo se llamaba de verdad, no “Diablo Rojo” o “Niño bonito, mi dulzor”. Al enterarse de su nombre verdadero y él de su madre, Gurnemanz le daba valiosa información acerca de su padre Gahmuret y le reveló que tiene un hermanastro llamado Feirefiz. En seguida Parzival le contó todas sus aventuras. El profesor querría saber si el pescador estaba sentado en un barco, cosa que negó Parzival. Insistió tres veces en si Cunnevere se partió realmente de risa. Finalmente lamentó mucho el deceso de Ither.

Por la mañana temprana hubo que levantarse. Por todos los pasillos se podían oír los grupos y los solistas ensayando. A Parzival le aguardó un día repleto de enseñanza y aprendizaje. Gurnamanz le introdujo pacientemente al mundo mágico de la batería.

“Lo primero y más importante es la manera de mon-

tar su instrumento. La altitud de la caja medida desde el suelo, la distancia de los timbales referente a la caja, la inclinación correcta de los platillos, en fin, todo un estudio ergonómico que facilita enormemente su manejo. La batería permite la colocación de sus componentes al libre albedrío, cosa que contrasta con los otros instrumentos como el piano, la trompeta o la guitarra, que vienen prefigurados de la fábrica. Sin embargo hay unas pautas aceptadas por la inmensa mayoría. Pero esto no es todo, igualmente influye mucho la manera de coger las baquetas. Hay que decidirse si se quiere tocar con el agarre clásico, el francés o el americano. De esta decisión depende finalmente el estilo que se vaya a tocar. Asimismo es imprescindible sentarse de manera correcta. Nada de rigidez, el cuerpo sin tensión y los brazos y las piernas con mucha soltura. De esta manera uno no se cansa antes de tiempo y puede seguir tocando durante todo un concierto a pleno rendimiento.”

La segunda lección se centró en el arte del tamborilear.

“Lo más importante y fundamental es el redoble.”

Empezó Gurnemanz.

“No se puede ni se debe golpear la caja como un loco. Para un redoble hay que sacar un sonido limpio y sostenido. La mnemotecnica es “Papa – Mama” o sea dos golpes con la derecha, dos golpes con la izquierda, lentamente acelerando hasta conseguir el redoblado perfecto. Te lo demuestro primero con dos timbales, uno a la derecha, el otro a la izquierda.”

“Y ahora en la caja”.

Torpemente lo intentó Parzival.

“Que no te desanimes, dominar este arte requiere muchísimo tiempo y esfuerzo. Solamente con una perseverancia exhaustiva de convertirás en un maestro. Pero esto no es todo. Existen unos 40 golpes o combinaciones llamados “Rudiments” o rudimentos como el paradiddle, el Flam, el Drag, el pataflafla o el Ratamacue. Ellos son el fundamento del dominio de las baquetas. Los vas a conocer todos.”

“Con estos golpes se puede tocar una pieza musical únicamente con la caja como en este ejemplo:”

“Creo que esto es bastante para hoy, mañana seguiremos.”

11 - Enseñanza

También al día siguiente hubo que madrugar aunque era domingo. Gurnemanz aclaró a Parzival, que en Graharz existe la buena costumbre de asistir a la celebración dominical de la liturgia. Nuestro héroe acompañó a su maestro lleno de curiosidad. Y ahora sí, por primera vez en su vida vio una iglesia de verdad. Además había un sonido desconocido que cautivó toda su atención. Las campanas estaban llamando con su tañido a la misa. Parzival se paró atónito embebiendo esta sonoridad. Y dentro del edificio le aguardó otra sorpresa, el cántico gregoriano. Este hilo musical envolvente que retumbaba de las bóvedas góticas mezclado con el tintineo de las campanillas agitadas por los monaguillos convirtió el lugar en un sitio lleno de magia. Claramente, aquí vive Dios y no en el “Club 66”. Por desgracia no hubo tiempo para dejarse caer en el embrujo, ya era hora de empezar otra tanda de enseñanzas.

“El dominio de los rudimentos es una parte muy importante para el manejo de la batería”

empezó Gurnemanz.

“Lo mismo vital es la independencia, es decir que cada extremidad toca con plena autonomía. Te lo explico con el ejemplo del swing. Primeramente viene el ritmo con la mano derecha en el platillo, ahora se añade el Hi-Hat con el pie izquierdo. Tienes que conseguir un ritmo que hace bailar y vibrar todo tu cuerpo y alma.”

“Después lo rellenas con la mano izquierda tocando la caja y finalmente pones acentos producidos por el pie derecho mediante el pedal del bombo.”

“Lo mismo es válido para todos los restantes estilos musicales, aunque el ritmo base sea diferente. Obviamente esto es una tarea ardua que demanda mucho tiempo y esfuerzos. Tienes que practicar estos ejercicios todos los días hasta la saciedad, los movimientos tienen que entrar en la memoria muscular, solamente de esta manera la mente estará libre de usarlos a libre disposición.”

Por la tarde Gurnemanz llevó su aventajado alumno por varias dependencias del instituto. Le estaba mostrando distintos instrumentos y explicando sus funciones dentro de la música.

“Tienes que prestar mucha atención al bajo, ya que junto con él eres el fundamento de cualquier obra.”

“Escucha y sigue al piano o a la guitarra, estos marcan el desarrollo armónico de la pieza”

“En la música los instrumentistas no tocan cualquier cosa que les ocurra. Todo tiene que tener su orden. Por esta razón existen estructuras harmónicas y rítmicas establecidas llamadas standards o estándares. Vamos ahora al estudio de grabación para que te muestre algunas de estas formas convencionales. Presta atención como después de la exposición del tema los músicos improvisan libremente, pero dentro del esquema. Esto es el blues con sus 12 compases.”

“Importantísimo es el modelo de la canción AABA con sus 4 veces 8 compases, verso – verso – estribillo

- verso. "

"Si finalmente hayas incorporado estos y otros esquemas en tu memoria, entonces sí te podrás mover con toda la libertad dentro de los arreglos."

Después de tanta información y aprendizaje de golpe, la cabeza de Parzival retumbaba y echaba humo. Como muerto cayó en la cama, ni siquiera tenía la fuerza de soñar con su vida como baterista famoso.

12 - Despedida

Llegado a este punto de la narración me surge una duda. ¿Cuánto tiempo se quedará Parzival en la academia? Chrétien de Troyes nos detalle en su "Roman de Perceval" que la estancia en Graharz era de una sola noche mientras Wolfram von Eschenbach fija el hospedaje y aprendizaje en 14 días. Hoy en día la duración de una carrera de música se compone de 4 años de elemental y 6 años de profesional mas 4 años de superior, cosa que no es aplicable a nuestro caso, ya que se trata de una fábula y no de un atestado referente a la vida de un profesional de batería. Además tenemos la certeza que nuestro héroe, aparte de tener un físico de gran belleza y de apariencia muy agradable, también disfruta de una mente vivaz junto con una facultad de aprendizaje extraordinaria. En fin, se trata de un cuento y ahora, hecha esta aclaración, seguimos con el relato.

Cada día estaba lleno de nuevas enseñanzas. Era menester de poner toda esta teoría en práctica. Se formaron grupos musicales improvisados con otros alumnos del instituto para indagar las posibilidades inherentes de la expresión musical, adentrándose en el vasto imperio de los ritmos y tonalidades armónicos. Atentamente Parzival sorbió todas las palabras y recomendaciones del maestro. Siguió sin fallo las instrucciones y memorizó todos los esquemas y estructuras. Por las tardes se reunieron algunos estudiantes en la bodega del sótano, acondicionado como club de jazz, para una Jam Session con el fin de poner en prác-

tica lo aprendido durante el día. No hay que hacer hincapié en que Parzival era asistente asiduo a estos encuentros.

Lo de tocar jazz y aprender todo lo relacionado con este estilo encantó sobre manera a Parzival. No obstante en su mente aún flotaba la pregunta acerca del Rock'n Roll causada por su encuentro con los beatniks. ¿Qué es este estilo, de dónde proviene, cómo se toca, qué armonización es la suya, cual es su estructura rítmica? En la academia se habló mucho del Old Time, Bebop, del Cool, del West Coast, del Mainstream, dejando fuera de la enseñanza curricular las músicas populares. A fin de cuentas era una institución de niveles refinados. Los fines de semana sin horario de clases brindaban una oportunidad única de reunirse con otros alumnos jóvenes que sí sabían algo de este género. Aprovechando esta circunstancia le fue posible a Parzival de hurgar algo en este lenguaje musical.

Por las noches tenía lugar la cena copiosa en la casa de Gurnemanz. Siempre la servía Liaze, su hija preciosa. Ella no quitó en ningún momento su ojo del huésped. Siempre se dirijo a él con las más suaves palabras llenas de ternura. Incluso no se resistió de darle el besito de las buenas noches. De este modo pasaron diez días. Era un domingo primaveral de libro. Gurnemanz y Parzival estaban sentados en el pequeño jardín aledaño a la casa residencial. La luz del atardecer iluminaba la escena. Con voz entrecortada empezó Parzival a hablar.

“Estoy muy agradecido con todo que Usted ha

hecho por mí. Era un tiempo fabuloso que he podido pasar aquí en Graharz. Empero mi corazón está lleno de inquietudes, me pide explorar el mundo fuera de los confines seguros de este recinto tan embaucador. Lo sé, no soy un baterista bastante bueno, tengo que aprender aún muchísimo. Precisamente por esta razón me gustaría investigar el arte de percusión por todos los rincones del mundo. Con este razonamiento en mi mente le pido el permiso de poder abandonar este sitio y buscar mi perfección en múltiples lugares. Si usted no tenga nada en contra saldré mañana lunes con mi batería y mi furgoneta.”

Estas palabras abatieron a Gurnemanz. Pensando lo bien, no tenía ni la más remota idea por qué razones aquella noche en el club 66 invitó a Parzival a quedarse en su casa. Con el paso de los días el chaval empezó a gustarle cada vez más. Este talento y este don de comprensión rápida, esta voluntad de aprender todo y esta agilidad del cuerpo le sorprendieron gratamente. En la profundidad de su mente maduró lentamente una idea. Sus tres hijos habían muerto no hace mucho tiempo. Siendo viudo solamente le quedó Liaze, su hija hermosa. Además sus años no le perdonaron. Tenía la gana de jubilarse ya y retirarse de la administración y docencia de la academia. Y por qué no con el tiempo convertir este joven talentoso en su sucesor, incluso casándole con Liaze? Asimismo parecía que los alumnos aprobarían esta solución. Por otra parte, lo veía claro que Parzival aún necesitaría un tiempo para ablandar su fuerza y su ímpetu a veces incontrolable. Entonces quizás lo mejor sería

dejar que salga. Seguramente volverá pronto como se deducía de las palabras que Parzival en su momento dedicó a Liaze: “Que no tengas miedo, no te voy a robar el anillo ni la brocha, aún estoy demasiado joven para este paso, ¿pero en un futuro, quién sabe?”

Esta misma tarde Gurnemanz aprovecho la ocasión de darle a Parzival los últimos consejos en largo sermón.

“Mañana te irás a descubrir el vasto reino de la música fuera del espacio protegido de Graharz. Te conviene siempre tener unos consejos en tu mente. La función de la batería es el acompañamiento, no es el solista, tienes que subordinarte a los otros instrumentos. Toca finamente y con elegancia, lleno de modestia sin querer imponer tus ideas musicales. Sobre todo, nunca olvides mantener el ritmo eterno. Otra cosa a tener en cuenta, cada baterista, aunque sea muy mal músico, tiene al menos una habilidad de golpeo muy propia, estúdiala, memorízala y cópiala, esto es un camino para que prograses sin parar. Abre tus ojos y tus oídos, no preguntes tanto ni intentes de pescudar por cualquier cosa, simplemente observa con tus ojos abiertos y tu oído aguzado en silencio para analizar y sacar tus propias conclusiones.”

13 – Cómper

Los débiles rayos del sol matutino ahuyentaron los últimos estratocúmulos. Ilusionado se sentó Parzival al volante. Todo estaba listo, la batería guardada y el depósito lleno. Además, en estos días pasados tenía un poco de tiempo para arreglar el interior de la furgoneta que ahora cuenta con una cama y un frigorífico. No existía un plan de viaje ni un destino concreto, que el azar decida la dirección. No conducía mucho tiempo cuando Parzival vio a un mozo en el borde de la carretera haciendo un gesto con el pulgar señalando hacia arriba. Instintivamente accionó el freno y paró su coche. Preguntó a aquel joven que le pasaba. Este respondió, que él está haciendo autoestop, su objetivo final será la llegada en otoño a swinging Camelot, pero que hoy por hoy su destino será Cómper, la capital comarcal. Lleno de curiosidad, Parzival accedió a llevarle hasta esta ciudad. Con suma paciencia el chaval empezó a explicar a nuestro héroe

“Que los tiempos se están cambiando, que la libertad existe, solamente hay que cogerla, con el dedo se viaja por todo el mundo y se adquieren muchas experiencias impagables y vetadas a los burgueses del montón, que hay un libro importantísimo titulado “Do it” o sea “Hazlo” escrito por Giraldo de Robais y encima del todo rige el gran lema “Love, Peace and Happiness””.

Después de un largo trayecto llegaron a Comper. El autoestopista quiso mostrar a Parzival su gratitud

por el viaje y le invitó a tomar algo en un local llamado "Nirwana Lounge". El aire estaba impregnado de sahumero. Varios jóvenes se veían acomodados en cojines alrededor de unas mesas bajitas. La bebida favorita del establecimiento parecía que era té verde con unas hojas de hierbabuena. En la penumbra se podía distinguir un pequeño escenario con unos melencidos haciendo música. Tomado ya su infusión, Parzival se despidió y salió del local. Empezó a deambular por el centro peatonal. En este momento avisto un grupo de personajes extraños, iban vestidos con togas largas de color naranja. Llevaban unos instrumentos desconocidos para él y entonaron un cántico bastante extraño. Les siguió unos pasos para luego desviarse por una calle perpendicular. Un letrero poniendo "La Bohème" cautivó su atención. Sin pensárselo dos veces entró. Todo el mobiliario estaba hecho de madera maciza. No había cliente alguno en las mesas, quizás era aún temprano para un piano bar, solamente un hombre tocando el piano que se encontraba en un pequeño estrado, y a su lado, qué casualidad, una batería de reducido tamaño. La tentación era demasiado grande, unos segundos y nuestro héroe empezó a acompañar al pianista. Terminada la canción, Lämbeikin de Brabant, este era su nombre, preguntó a Parzival:

"Por qué no te quedas esta noche aquí, podemos tocar juntos, además te podría pagar algo."

Parzival asintió sin titubear encantado de esta oportunidad. Tocaron hasta la madrugada temprana y terminaron libando unos buenos caldos de los Highlands. Lämbeikin propuso a Parzival de acompañar

a él y a su grupo de dixieland en un bolo mañana por la noche que tendrá lugar en otro Club de jazz. Claramente Parzival aceptó al instante. ¡Qué maravilla, tocar la batería y encima ganar algo de dinero! Así, segundo día fuera de Graharz y segundo concierto, la cosa estaba en marcha. Al final de la actuación, Lämbekin le informó que este haya sido el último concierto en la ciudad, dado que en el verano ningún local programará eventos, porque toda la gente se va de vacaciones.

“No obstante, en la playa hay muchas terrazas y chiringuitos que seguramente buscan músicos para entretener a su clientela. Incluso tengo la noticia que un amigo mío, Lac de Rost, al parecer buscara un baterista.”

Por la mañana Parzival se compró un bañador y una toalla playera, arrancó su furgoneta roja y se puso rumbo a la costa.

14 - Playa

Una ligera brisa matutina refrescaba su rostro. En frente nada más que azul, azul del mar, azul del cielo. Ni una nube blanca distorsionaba la imagen. A su espalda se alineaban edificaciones en una hilera perfecta. Esto era entonces el sitio prodigioso de escape estival. A causa de la hora temprana aún no se encontraban veraneantes en el paseo marítimo. Bueno, habrá que ir de sitio en sitio buscando a Lac de Rost. A ver si realmente necesita un baterista. En el quinto chiringuito le indicaron, que efectivamente la orquesta de Lac de Rost toca cada noche en la terraza en frente. A este lugar dirigió Parzival sus pasos lleno de expectación. Un camarero le guió a una mesa y le presentó a Lac de Rost. Este le invitó a tomar un cafelito con unos churros.

“Si es verdad que buscamos un baterista. Menos mal que Lämbekein de Brabant te ha mandado. Tocamos las canciones de siempre que seguramente las conocerás todas. Puedes empezar esta misma noche y si todo va bien y los dos estamos contentos, entonces podrías quedarte toda la temporada.”

En breves segundos se pusieron de acuerdo. Hasta el comienzo del baile quedaban aún bastantes horas. Parzival decidió de aprovechar el tiempo para bañarse y luego pasear e investigar, qué es esto de veraneo. Le impresionaron mucho todos estos edificios bordeando la playa. Casi todos eran hoteles o apartamentos turísticos. Muchos de ellos albergaron tiendas, restau-

rantes o pubs en la planta baja. Entre el mar y los inmuebles se encontraba el paseo marítimo bordeado con las palmeras de rigor. Con el tiempo la costanera empezó a llenarse de gente. Algunos vendedores ambulantes montaron sus mesitas. Un chaval de aspecto beatnik sacó algunas tizas de su mochila y empezó a pintar una madona en el suelo, sin olvidar de colocar una gorra invertida, con el letrero “gracias, merci, danke, thank you”, al lado del cuadro incipiente. De vez en cuando bebió un trago de una botella de agua y mordió un trozo de pan seco, seguramente para indicar que es pobre. Después de depositar una moneda, nuestro protagonista siguió con la caminata hasta llegar a una plazuela céntrica. Un hombre ya mayor tocaba un acordeón delante de las mesas de la cafetería pidiendo unos donativos.

Unas callejuelas más adelante se encontraba una pareja joven, luciendo unos pantalones y camisetas floreados. Timbres melancólicos invadieron el lugar. Al terminar la melodía pasaron una cestita. A Parzival le parecía todo esto una manera nueva y curiosa de ganarse el sustento. Por desgracia no le quedaba más tiempo, la hora de incorporarse a la orquesta le llamaba con insistencia. La terraza presentó un lleno casi completo. Personas de todas las edades se sentían en las mesas, las unas para cenar, las otras para refrescarse con unas bebidas. Algunas atrevidas incluso bailaron al son de la orquesta. El repertorio consistía en lo típico para estos lugares, nada especial y todo fácilmente digerible. Al cabo de unas horas se terminó la función. Parzival no estaba muy cansado, el traba-

jo no le exigía demasiados esfuerzos tratándose de música light. Le hubiera gustado algo más exigente, algo donde lucirse más con su instrumento. A fin de cuentas, estaba algo dudoso sobre este tipo de bolos. Decidió de dormir, quizás morfeo le ayudará a tomar la decisión adecuada.

Con el café de la mañana lo veía más claro, seguramente existen otros establecimientos en los cuales suenan músicas diferentes. Se fue a la terraza para comunicar a Lac de Rost su determinación de no seguir en la orquesta.

No conocía a nadie, no tenía recomendaciones, entonces tocaba buscar. Por la tarde se fue otra vez a la explanada playera, a ver si la suerte le sigue fiel. Se paró un momento, una risita recorrió sus labios observando al joven flautista adornado con una guirnalda de flores y un montón de collares y abalorios. Mas no hay que perder el tiempo, a la búsqueda de una tocata. Entró en el primer pub de la avenida. Música Rock' Roll al uso.

“Lo sentimos, como ves ya tenemos un grupo para todo la temporada. Pero pregunta en él de al lado”

Un pub más, otro pub, una discoteca, otra discoteca, un music club, y siempre lo mismo. Temporada completada y todos los grupos con baterista.

Ya era la noche muy avanzada. “Pues mañana por la tarde haré otro intento, Aún quedan algunos establecimientos más.”

15 - Solitario

A Parzival le parecía este año 67 muy, pero muy intrigante. Observaba la gente, sus vestidos, su habla, sus comportamientos, sus hábitos, sus costumbres. Todo era nuevo para él, tan distinto de sus experiencias vividas en Soltane. Distinguía perfectamente a los veraneantes del interior que buscaban el frescor marítimo huyendo de los calores estivales. Pero hubo otro tipo de personajes, los que buscaban la diversión acudiendo a los sitios donde hay movida. Entre ellos unos que se parecían mucho a los beatniks de su encuentro en Soltane. Otros se vestían de un modo algo extravagante y sus vehículos preferidos eran los scooters. Su referencia era "Swinging Camelot con su Carnabation". No eran muy amigos de los rockers que se ataviaron preferiblemente con vaqueros o cuero negro y solían desplazarse mediante unas motocicletas tremendamente ruidosas. Pero los que más le llamaron la atención eran unos jóvenes que lucían cafetanes o prendas de tipo asiático – oriental. A aquellos les encantaban las varillas de incienso. Hablaban sin cesar de amor y felicidad, igual como los que Parzival había visto en el "Nirvana Lounge".

A pesar de todas estas impresiones y pensamientos, nuestro protagonista no se encontraba en este lugar para un estudio sociológico, él tenía que encontrar un sitio para tocar su batería. Todavía le faltaban unas horas hasta la apertura de las salas, así se sentó en una mesita escuchando a dos jóvenes rubios, buscavidas del norte con sus guitarras. Pero manos a la obra

y seguir de local en local. Y menos mal, en el segundo pub tocaba un grupo de beat y su baterista estaba de baja por un problema de estómago. Así las cosas, contrataron Parzival exclusivamente para esta noche. Tampoco le convenció esta música británica tipo Camelot. El gusano de la libertad jazzística empezó a hacer estragos. El día siguiente otra vez a la búsqueda de su fortuna con el resultado que todos ya tenían programado la temporada. Los unos con Folk, otros con Blues, o con Rock' Roll, mas nadie con jazz.

Un espectáculo en la plaza céntrica llamó su atención. Un grupo africano exhibía su arte percusivo dentro de la programación del festival "Coros y Danzas del mundo". Le parecía interesantísima la idea de hacer música únicamente con tambores. Obviamente otros instrumentos no hacían falta. Pensativo se largó Parzival. Tenía que inventarse algo. Necesitaba unos ingresos. Solamente del arte y del aire no se puede vivir. ¿Tambores? ¿Solitario? ¿Show? ¿No había visto carteles en unas discotecas anunciando espectáculos de mimos, de malabaristas, de magos, de hipnotizadores? ¿Y, si les vendo un show de batería y percusión? ¡Tendría que probarlo!

La idea concebida y la decisión tomada, Parzival reemprendió su pesquisa. La primera discoteca que encontró se llamaba "Macumba". Le parecía idónea por su nombre africano. Entró y expuso su propuesta de un show de batería en solitario. Menos mal que el dueño estaba buscando algo para atraer al público.

"Creo que podría ser una cosa interesante. No es un espectáculo corriente, precisamente por esta razón

puede funcionar. Vente mañana por la tarde. Vas a hacer dos pases de una media hora con una pausa entre ellos”

Al día siguiente ya colgaban carteles por toda la urbanización con el letrero “El Diablo Rojo con su Show de Batería Africana”, esta noche en Macumba.

16 - Brobarz

El día siguiente por la tarde Parzival empezó a montar su instrumento en la discoteca "Macumba". No estaba tenso aunque intuyó que probablemente su destino dependiese de esta actuación. La sala llena, el público expectante, Parzival concentrado y relajado a la vez, así empezó su show.

Creo que no hace falta reseñar que fue un éxito total. La audiencia le obsequió con una "standing ovation". Si esto hoy ha funcionado, entonces habrá que moverlo a otros sitios, pensaba Parzival. Los próximos días se movía de discoteca en discoteca adquiriendo cierta fama de ser un espectáculo a no perder. Al cabo de dos semanas ya había actuado en todos los sitios posibles. Era menester buscar nuevos horizontes. Con su furgoneta se trasladó a una población vecina que distaba unos 20 kilómetros. El mismo panorama, veraneantes del interior, negocios y tiendas de temporada, chiringuitos y sin olvidar las discotecas. Empezó a andar y en este momento descubrió a un muchacho sentado en el suelo con un instrumento rarísimo. Tenía aspecto de un bol al revés y lo tocaba con las manos produciendo un tañido casi celestial. ¡Qué curioso! Un chaval con un metalófono desconocido ganándose la vida de esta manera. Al depositar una moneda el joven le explicó que se trata de un Hang, un instrumento similar a los Steeldrums. Habrá que investigar más estos sonidos metálicos como el Hang o las campanas de Graharz, pero ahora no hay tiempo, apremia seguir con el espectáculo triunfante.

Tocata tras tocata, y de nuevo a otra población. No voy a enumerar todos los resorts veraniegos que visitó Parzival triunfando sin parar. De esta manera se estaba adquiriendo una fama de ser un baterista extraordinario.

Hasta que una tarde al anochecer avistó desde una colina un pequeño pueblo de aspecto medieval. Con las luces y las farolas de color naranja tenía un aspecto como un portal de belén. La mar bañaba por un lado sus muros, por el otro se extendía un extenso prado verde. Le llamó la atención siendo tan diferente de las construcciones desalmados de mazacote que había visto hasta ahora en la playa. Decidió investigar más esta villa. Desde el prado se escuchó un sonido bluesero.

Mientras que bajaba la ladera descubrió un festival al aire libre bastante grande. Pasando al lado del recinto, un tipo quería entregarle un bono para tomarse consumaciones a precio rebajado, cosa que Parzival declinó con cortesía, le interesaba más visitar el burgo que un refresco barato. Tiendas de campañas, puestos de comida, aguaduchos y barras improvisados, dejando atrás todo esto y una muchedumbre con su música, Parzival se acercó a la villa. Un portal en la muralla defensiva daba acceso al interior. Dado que las callejuelas estaban muy estrechas tenía que aparcar su Ford Transit en la diminuta explanada detrás de la entrada. No veía nada abierto, ni un restaurante, ni un hotel, ni siquiera un bar. Preguntó al primer paseante que avistó si hay una discoteca.

“No, ¿discoteca? no hay alguna, únicamente existe

un club de jazz en la parte alta, cerca del ayuntamiento. Pero le va muy mal, creo que ya está cerrado”.

Parzival empezó a subir la cuesta a pie. Pronto vio un edificio con el letrero “Pelrapeire”. Una escalera de granito conducía a la entrada. Al llamar se abrió la puerta y apareció una mujer ataviada con un vestido largo de color blanco. Al instante a Parzival le apareció una alucinación. Apenas audible balbució “Liaze”.

“Estamos cerrado, pero si quieres puedes entrar. Nos encanta recibir visitas de sorpresa”.

Parzival aceptó complacido la invitación y entró detrás de la joven. Al encender la luz se veía una sala de modestas dimensiones. En la pared opuesta a la entrada se vislumbró un piano colocado encima de un pequeño escenario. A la mano derecha se encontraba una barra de madera maciza, probablemente de nogal. Unas mesitas con sus sillas, todo de madera oscura, completaban el panorama. Cerca de la mujer estaban dos hombres de una edad ya algo avanzada. Ella se presentó:

Mi nombre es Condwiramur, pero la gente me llama “Blanche Fleur”, seguramente por mi afición a los vestidos blancos. Estos dos son mis tíos, Kyot y Mampfilyot. Y yo soy la dueña del club de jazz Pelrapeire. Ven, siéntate con nosotros en la barra, aunque por las circunstancias no podemos ofrecerte mucho.

17 - Pelrapeire

Como un sonido de fondo se escuchaba la música lejana del festival.

“Mampfilyot cierra por favor la ventana, así estamos más tranquilos sin este ruido.”

Rogó Blanche Fleur mientras que llenaba 4 vasos con vino de mesa ordinario. Recordando los últimos consejos de Gurnemanz, Parzival no se atrevió a preguntar qué está pasando con este club. Quizás adivinando su curiosidad, la dama de la casa dijo:

“Mi tío Kyot te va a contar ahora la historia de Pelrapeire”

Con un vaso en su mano empezó Kyot,

Hace años, Tampenteire, el padre de Blanche Fleur, tenía la idea de abrir un club de Jazz, no en una ciudad como Camelot o Nantes, más bien en un entorno más selecto. Su elección fue Brobarz por su encanto medieval. Pensaba que la amalgama entre Jazz, entorno rural y arquitectura histórica atraería un público culto y refinado. Todo iba de maravilla. El lugar se convirtió en destino predilecto para un público interesado en cultura. Las tiendas, los restaurantes y los hoteles de la villa obtenían unos buenos ingresos gracias al movimiento turístico y el club Pelrapeire se convirtió en un punto de referencia. Hasta que Tampenteire murió. Blanche Fleur heredó el local. No hubo cambios y todo siguió igual hasta que Clamide de Iseterre, un magnate del Show Business, se enamoró de Blanche

Fleur. Sin embargo ella rechazó toda su tentativa de conquistarla. Para ablandar su resistencia, él recurrió a malos artes. Empezó a organizar festivales de Blues y Rock todos los fines de semana con la intención de quitar el público al club y causar su ruina. El sitio escogido fue y es el prado delante de la ciudad como seguramente lo has visto. A parte de los conciertos pone puestos de feria, casetas de comida y chiringuitos, todo con precios de saldo. Encima ofrece un espacio de acampada gratis. Los negocios de la ciudad claramente no pueden competir con este dumping. Ya no viene gente alguna a la ciudad, todos se quedan en el recinto ferial de Clamide. No habiendo bastante con esto, él contrató asimismo todos los músicos del club Pelrapeire, el último en cambiar de bando fue el baterista llevándose la batería. Aunque los habitantes apoyan la actitud de Blanche Fleur de no ceder al chantaje, la cosa está muy mal, como puedes ver con tus propios ojos. Ya no viene gente al club Pelapeire para disfrutar de la buena música, se queda en el recinto ferial de Clamide. Lo mismo pasa con las tiendas, los hoteles y los bares de la ciudad. Todo el negocio se ha desplazado a las afueras y con ello ya no hay ingresos intramuros. No sabemos hasta cuando resistiremos, aunque incluso el alcalde está de nuestra parte y nos ofrece toda la ayuda necesaria.

Con un vaso en la mano le interrumpió Mamfpilyot:

Pero aún nos queda el piano y tu saxofón soprano. Y de vez en cuando tocamos algo para recordar los tiempos pasados y no caer en la tristeza. ¿Porqué no aprovechamos la oportunidad y damos un concierto a

nuestro invitado de sorpresa?

Acto seguido Mampfilyot se sentó en el piano y Kyot sacó su instrumento de la funda. El pequeño club de jazz empezó a llenarse de música. Parzival no pudo resistir a estos sonidos embaucadores y empezó a acompañarlos con los cubiertos hallados encima de la barra.

Al terminar la canción Parzival bromeó

“Quizás podremos formar un grupo llamado “Midnight Kitchen” o sea Cocina de medianoche.”

Con una sonrisa en sus labios indicó Blanche Fleur:

“Ya es muy tarde, por qué no te quedas esta noche aquí, te prepararé una cama en una habitación.”

A Parzival encantó la idea de dormir una noche en una cama de verdad y no en su catre de la furgoneta. Los dos se despidieron de Kyot y de Mampfilyot deseándoles buenas noches y se fueron a sus habitaciones.

Al parecer la historia de su padre y su madre se repitió: la aurora encontró los dos fuertemente abrazados, algo cansados por la noche inolvidable que pasaron juntos.

18 - Clamide

La mañana se presentó con el calor típico del estío a pesar de haber pasado ya la canícula. Una ligera brisa marítima refrescaba algo la solana donde Parzival y Blanche Fleur estaban tomando su desayuno con café y cruasanes.

Nuestro protagonista propuso a Blanche Fleur presentar su espectáculo de batería todas las noches en el club. Incluso él podría formar junto con Kyot y Mampfilyot el grupo "Midnight Kitchen" incorporando con el tiempo más músicos que seguramente aparecerán. Habrá que romper las limitaciones del Rock y del Beat tan presente en el festival de Clamide insertando ideas del Jazz, de la música tradicional o de cualquier fuente sonora. Pero lo primero que hay que hacer es poner carteles anunciando la reapertura del club Pelrapeire con el show del "Diablo Rojo".

En la primera noche no hubo mucho público, en cambio los asistentes se fueron muy contentos alabando tanto la maestría del baterista como la originalidad del conjunto musical "Midnight Kitchen". Empezó a funcionar el boca a boca. De día en día venía más gente con la gana de asistir a un concierto extraordinario. Incluso algunos músicos se interesaron en tocar con este baterista. Incorporando algunos de ellos al proyecto se consiguió formar un conjunto fuera de serie. Los visitantes hablaron de un nuevo estilo llamado "Underground", "Hippie" o contracultural.

En el tinglado de Clamide se empezaron a notar los

nuevos aires de Pelrapeire. Cada vez hubo menos asistencia a los conciertos, menos negocio en los stands, menos venta en los chiringuitos y el acampamiento se fue vaciando, mientras que Brobarz estaba floreciendo. Kingrun Scheneschlant, el gerente de los festivales organizados por Clamide, se daba cuenta de que algo iba mal. Para investigar lo que realmente estaba pasando, se fue una noche al club Pelrapeire. Cuando entró en el local, el grupo “Midnight Kitchen” tocaba “Tinkle” o sea tintin, la canción favorita del público. Terminada la pieza se dirigió a Parzival. Querría convencerle que dejara Pelrapeire y que tocara en los festivales de Clamide.

“Te equivocas tremendamente. Mi sitio está en Pelrapeire y no en un evento a la antigua. Vete y visita a tu jefe y de paso también al rey Arturo contándoles lo que habías visto y diciéndoles que aquí nace una cosa nueva.”

Cuando Clamide se enteró por Kingrun Scheneschlant, de que Pelrapeire no solamente sobrevive, sino que además gracias al “Diablo Rojo” está triunfando con gran afluencia de público, exclamó

“Cómo esto es posible, no puede ser, todos sabemos que el “Diablo Rojo” es un baterista antiguo del Rock’ Roll que tenía cierta fama, pero ahora está mediocre y envejecido. No es capaz de inventar algo nuevo. Tendré que ir personalmente a Brobarz para averiguar lo que está pasando en realidad.”

Unos días más tarde llegó a Brobarz. Vio con sus propios ojos el estado desolado de su festival y la prosperidad del burgo. Con decisión entró en el club

Pelrapeire incluso pagando la entrada. La sorpresa fue mayor, no era el “Diablo Rojo” viejo que él conocía, era otra persona, más joven. Y la música era cautivadoramente nueva y fresca. En el intermedio se acercó a Parzival.

“Me gusta mucho lo que haces, pero esto no es el sitio idóneo para triunfar, aquí en este club pequeño jamás llegarás a darte a conocer al gran público. Deja ya Pelrapeire y vente a tocar en mi festival. Encima te ofrezco un contrato para todos los conciertos que estoy organizando y encima te grabaré un disco.”

“Quítate esto de tu mente, sé exactamente lo que estoy haciendo y cuál es mi camino. Seguramente ignoras que “Lo pequeño es hermoso”. No toda cultura está en el mainstream, existen miles de facetas aún más interesantes que tus productos para la gran masa. Blanche Fleur y Pelrapeire jamás serán tuyos. Lo mejor que puedes hacer es desmontar tu festival e irte a la corte del Rey Arturo para contarle lo que habías visto.”

19 - Otoño

Ver como se desmantelaba el montaje de Clamide daba una inmensa alegría y satisfacción a Blanche Fleur. Pero no se fue únicamente el festival "Ante Portas", también se despidió el verano. Empezaron los días de cielos cubiertos con sus borrascas y vendavales. Se notaba un descenso en la afluencia del público. Los veraneantes del interior habían vuelto a sus moradas habituales incorporándose al trabajo diario. Los hippies se habían quitado los caftanes reanudando sus estudios en los institutos y universidades. La normalidad brutal de la vida cotidiana golpeaba de nuevo, se acabó el sueño de un verano.

La economía de Brobarz se había recuperado por la reapertura de Pelrapeire y la desaparición del Festival. Volvieron los visitantes interesados en la cultura como antaño. Las tiendas se presentaban llenas de mercancías, los restaurantes rebosantes de clientes y los hoteles llenos de huéspedes. Esto generaba unos ingresos que incluso permitieron al ayuntamiento de traer eventos culturales para la temporada de invierno. Así una noche actuó una orquesta sinfónica en el salón multiuso de la villa. El concierto le gustó muchísimo a Parzival, sobre todo la primera pieza que entonaron.

Al final del concierto le informaron, que esta pieza no formaba parte del programa, se trataba de la afinación de conjunto. Sin embargo, a Parzival le sedujo esta idea de que la música girase alrededor de un cen-

tro tonal hasta aglutinarse en un sonido final, en vez de basarse en las cadencias harmónicas tan al uso. Ya fuera del salón, Parzival se encontró con el percusionista. Este le explicó, que la afinación del timbal de concierto se consigue mediante un pedal que cambia la tensión del parche y por ende la altura tonal. Esto daba una idea a nuestro protagonista.

“Si introduzco un tubo en la abertura acústica de un timbal y luego soplo aire dentro del mismo, entonces se aumentará la tensión del parche y subirá el tono. De esta manera lograré un timbal de afinación variable al instante. Voy a probarlo ahora misma.”

En este tiempo Pelrapeire se convirtió en un laboratorio musical. A menudo llegaron músicos para quedarse algunos días. Trajeron ideas e inspiraciones nuevas que luego se incorporaron al repertorio de “Midnight Kitchen”. Influencias orientales, ritmos africanos, tonalidades extrañas e instrumentos no tan conocidos. El campo musical de Parzival se abrió con cada instrumentista que llegó.

Durante la semana se hacían los ensayos y las pruebas. También había bastante tiempo para charlar sobre el proyecto y los senderos a tomar. Por la radio fue posible escuchar e indagar los nuevos estilos que empezaron a brotar. Fue un episodio muy fructífero para Parzival bien aprovechando que la parafernalia febril del verano había dejado su espacio al sosiego otoñal.

Tareas de otoño: Conciertos los fines de semana,

esto sí, pero entre semana tocaban las tareas de la administración del club. Era menester empezar con la planificación de la temporada venidera. El ayuntamiento le preguntó si no querría prestar su ayuda como asesor cultural. Y todo esto mientras que más allá del burgo sucedían cosas extrañas. Le llegaron noticias de que el mundo y la sociedad se siguen cambiando a un ritmo de vértigo. A la primera parecía como un postparto del verano hipiesco, pero cada vez tomaba más fuerza. Parzival tenía la impresión de que se le escape algo importante. Brobarz estaba lejos de los centros culturales y políticos. Era como una isla de paz y tranquilidad apartado del mundo real. Con el otoño avanzando se notó un nerviosismo, un desasosiego incipiente en nuestro protagonista. Blanche Fleur observaba con preocupación el estado agitado de Parzival. Se le veía como una olla de presión a punto de estallar. Brobarz se ha hecho demasiado estrecha para su inquietud, el necesitaría un campo más abierto donde desarrollarse. Para ver lo que está pasando más allá de los muros medievales del burgo tendría que salir y adentrarse en este mundo musical en evolución.

Llena de intranquilidad, Blanche Fleur, a pesar de estar embarazada, daba su consentimiento a que Parzival saliese de Brobarz en búsqueda de su enriquecimiento musical.

20 – Invierno

Una ligera brisa soplaba bajo un débil cielo azul. En la lejanía se distinguían las cumbres nevadas de la cordillera costera. Al pasar por el portal de la mural la Parzival se despidió de Brobarz con un corto pitido de la bocina. La dirección a tomar estaba más que clara, la movida cultural no se encuentra en los pueblos, se halla en las grandes ciudades, en lugares como Camelot, Carliun, Karidol o Dinasdaron. Con sus universidades y su población estudiantil presentan el caldo idóneo para los movimientos de la vanguardia. No obstante, primeramente había que franquear la cadena montañosa que separaba la costa de las grandes llanuras. Como siempre decidió ir por carreteras secundarias, le parecían mucho más interesantes que las autopistas. Después de bajar por un puerto empinado, el camino bordeaba un lago de agua fresca y cristalina. Un anciano sentado en un barco pequeño estaba pescando cerca de la orilla. Ya era la tarde avanzada y la noche amenazó con su llegada. Parzival frenó el coche, se bajó y acercándose a la ribera preguntó al pescador, si cerca de aquí hay un pueblo, una aldea o cualquier otro sitio para comer y quedarse. El pescador le respondió:

“No muy lejos de aquí, siguiendo la carretera a la derecha, hay una mansión. Diles que te manda el pescador y te recibirán con los brazos abiertos.”

Unos pocos kilómetros más y ya se encontraba delante de un edificio ochavado que parecía un pala-

cio. Llamó a la puerta diciendo que venía de la parte del pescador. Le recibieron cariñosamente y le guiaron a una habitación lujosa. Todo estaba decorado con sumo gusto. Pasado un rato corto, le llamaron y le acompañaron a una sala grande. Muchas personas tomaron asiento en numerosas mesas. Todas vestían un atuendo que más se pareció a un uniforme de un liceo o de una universidad. Sin embargo, el ambiente no era del todo festivo. Se notó algo como una tristeza reinante, una depresión generalizada. Un cuarteto estaba interpretando una pieza de Cool-Jazz en modalidad menor mientras unos jóvenes trajeados uniformemente empezaron a servir la cena. Todo tenía pinta de una reunión en un cenobio o de una comida de sepelio. Acto seguido entró por la puerta principal un hombre sentado en una silla de rueda. A pesar de su atavío de gran lujo se veía claramente que era el pescador de esta tarde. Se acercó a nuestro protagonista y le daba la bienvenida. De una caja ricamente adornada sacó un tambor de cobre con incrustaciones de oro y lo ponía en las manos de Parzival:

“Este instrumento ha sido mi fiel compañero de toda la vida. Ahora lo traspaso a tus manos para que te sea el soporte indispensable para tus aventuras musicales y rítmicas.”

Después se abrió el portal grande y entró una dama vestida con una túnica blanca y larga. Por un momento Parzival pudo divisar detrás de ella a un anciano con pelo blanco y barba blanquecina tumbado en una cama. Cerrando la puerta la mujer se acercó a la pared enfrente y deslizando su mano sobre el muro abrió

una cámara secreta. De este sitio, cuatro muchachas, también vestidas con túnicas blancas, sacaron una arqueta plateada con adornos de oro, la llevaron en procesión solemne hacia la cabecera del salón y la acomodaron encima del pedestal que dominaba toda la sala. Se escucharon unas lamentaciones reprimidas, a penas audibles. Después de unos minutos de silencio, las mismas jóvenes recogieron la arqueta, la pusieron de nuevo en la caja fuerte y cerraron por fin la cámara secreta. Todos se levantaron de las mesas y empezaron a salir de la sala. Finalmente acompañaron Parzival a su aposento sin medir palabra. A él todo esto le pareció muy extraño, no sabía lo que podría significar, cual es el motivo de esta congregación, el porqué del regalo del tambor. Durante todo el acto él estaba boquiabierto, mas no se atrevió de formular pregunta alguna, recordando los consejos de Gurnemanz.

Por la mañana al despertarse estaba solo, no escuchó ningún ruido, silencio absoluto. Todo había desaparecido. La calefacción apagada, el frío y la humedad se hacían inaguantables. Se levantó y salió de su habitación. Nadie por los pasillos, un ambiente sepulcral. El único sonido era el retumbar de sus pasos por los corredores. Por fin encontró la salida al patio nevado, se montó en su Ford Transit y lo arrancó. En este momento se abrió el gran portal dejando libre la salida a la carretera. Al pasar por el umbral estallaba una voz lejana:

“Lárgate malagradecido.”

Y la puerta se cerró con un golpe violento.

21 - Sigune

El frío empezó a hacer mella. Una intensa nevada cegadora envolvía todo el paisaje. El viento del norte soplaba sin piedad. El coche parado a poca distancia de la extraña mansión. Y Parzival sentado en la silla del conductor sin movimientos perceptibles. ¿Lo de anoche, era verdad o una visión onírica? Claro, el tambor sí se encuentra a su lado, es palpable, entonces no ha sido un sueño. ¿Pero? Tengo que alejarme de este lugar, encontrar un sitio tranquilo, aparcas el Transit y ordenar mis pensamientos, aclarar lo sucedido. El coche se puso de nuevo en marcha. Parzival lo movió lentamente por la cortina blanca. A penas se podía distinguir el firme de la carretera. Avanzando a paso de tortuga de repente le pareció de vislumbrar un espacio libre a la derecha. Quizás el sitio idóneo para ordenar algo sus pensamientos. Pisó el pedal del freno y el del embrague. Cogió su nuevo tambor y se bajó del coche. Tocar algo y reencontrar su paz interior. Sin embargo, en este silencio gélido se escucharon unas lamentaciones débiles. Esforzando su vista logró distinguir un edificio pequeño al fondo del lugar. Se acercó y se ponía en el abrigo del pórtico. Se oyó una voz:

“¿Qué haces aquí en esta nevasca, de dónde vienes, a dónde vas?”

Al abrirse la ventanilla de la puerta Parzival reconoció a la persona, era Sigune. Ella se había retirado con el cuerpo embalsamado de Schionatulander a esta

ermita renunciando al mundo de los vivos. Parzival contestó que venía de una mansión muy extraña que se encuentra no muy lejos de aquí y que no sabe a dónde irá.

“Aquí cerca no hay ni una mansión, salvo ¿Qué aspecto tenía?”

“Era como un palacio ochavado”

“¿Tú has visto un pescador?”

“Si, el pescador me invitó”

“Entonces tú has estado en Monsalvaesche, entonces tú eres Parzival, el bienaventurado. Tú has visto a Anfortas en su silla de rueda, el director de la institución, y también al fundador Titurel en su cama. Veo que tienes su tambor en tus manos, entonces habrás preguntado y hablado y salvado a Monsalvaesche. Pero ¿Qué haces aquí y no ocupando tu puesto de director y gobernador de Monsalvaesche?”

“No he preguntado ni hablado”

“No has preguntado ni hablado. Tú hubieras sido el salvador de Monsalvaesche, pero has fallado. No te interesaba la salud de Anfortas, ni el sufrimiento de Titurel. No quisiste saber nada de la arqueta y su contenido, el santo Grial de la música. Todos esperaban con ansiedad tu llegada, y has fracasado. Eres un desventurado. Has perdido la oportunidad de oro, no volverá, tendrás que asumir tu desdicha, además el tambor se te romperá en el momento menos oportuno. Encima, jamás te preocupaste por tu madre. Ella se murió en el momento de tu salida con el corazón roto. Ahora ya tengo bastante con mi infortunio, no

me hundas más en mi desgracia, lárgate de aquí, desafortunado.”

Parzival regresó aturdido a la furgoneta. Como un autómatas movió los mandos. Se le ha ido toda la iniciativa, toda su voluntad. No conducía, era el coche que tomaba el camino. La nevada continuaba sin dar tregua. El discurrir del tiempo anunciaba la llegada de la noche. A buscar un sitio de refugio sería lo suyo. Al pasar por la calle principal de un pueblo, con velocidad reducida a causa de la nieve amontonada, detectó un cartel anunciando una Jam Session para esta noche. Tocar la batería podría ser el remedio contra su resaca mental. El local no era muy grande, más bien del tipo “Entre amigos”. Entró, pidió un doble coñac y se sentó en la batería. Solamente se encontraban en el escenario diminuto un bajista y un hombre grandote con su trombón. Tocar en trío, esto le gustaba desde siempre a Parzival. Cada instrumento tiene su función sin estorbar a los otros. El bajo pone el fundamento armónico, la batería la base rítmica y el tercero los adornos melódicos. Y empezaron ...

En este momento se abrió la puerta, entró una mujer ataviado con unos harapos. En su mano izquierda mantenía un vaso con agua gélida.

“¡Es él... es él ... es él”

gritaba sin cesar apuntando con su dedo índice a Parzival.

Bruscamente se interrumpió la improvisación.

“Este es él, él de tienda de campaña, él que abusó

de mí”.

A Parzival no le quedaba otro remedio que reconocer estos hechos. Explicó a Orilus, este era el nombre del trombonista, que la mujer no tenía ninguna culpa, todo era producto de un arrebató únicamente explicable por su inmadurez juvenil. Que él ya no tiene la horquilla, pero sí el anillo robado, que ahora misma va a devolver a su dueña legítima. Y que Orilus, por favor, perdone a Jeschute, así se llamaba la mujer, y que le compre unos vestimentos adecuados. Parzival se comprometió de sufragar estos gastos. También invitó todos a comer y beber algo. Luego se despidieron, Orilus y Jeschute dirigiéndose a Nantes para contar esta historia al rey Arturo, y Parzival prosiguiendo su camino a ninguna parte.

22 - Primavera

“¿Y ahora qué?” Estos últimos acontecimientos perturbaron la mente de Parzival. “¿Es que me estoy equivocando en todo? ¿O soy simplemente un chaval torpe no apto para la vida que me he propuesto? ¿Quizás sería mejor volver a Soltane y enterrar el sueño del gran baterista? ¿Disfrutar de la vida tranquila en el campo? Pero, un momento, ¿no es mi nombre Parzival, a través del valle? Y si uno quiere alcanzar las cumbres ¿No tiene que atravesar primeramente el valle antes de empezar a subir la montaña? ¡Pues adelante, per aspera ad astra!”

La decisión tomada, Parzival dejó atrás la sierra nevada para adentrarse en las llanuras, donde ya se anunciaba la primavera con sus flores. Actuando en clubes y discotecas avanzó pueblo a pueblo hasta llegar a Karadigan, la primera gran ciudad. Al instante notó un ambiente algo raro, enfebrecido. carteles por doquier, pinturas en los muros, todo con mensajes más o menos politizados. “Power to the people” “Ban the bomb” “Stop the war” “Fuck the system”.

Al preguntar por las razones de estos mensajes le explicaron que la burbuja del sueño del verano del 67 se había desinflado. Si la sociedad no te deja realizar tus ideas, entonces hay que cambiar la sociedad. No puedes vivir al margen, estás dentro y por esto tienes que cambiar todo para alcanzar tus ideales. “Corre, camarada, el viejo mundo está detrás de ti”.

Vamos, una ciudad con más movida que la espera-

da. Habrá que estudiar si también existen mutaciones en el mundo musical o si allí todo sigue igual.

Lo que llamó directamente la atención de Parzival era la manera novedosa de interpretar el Rock, se tocaba con mucha más dureza. Las guitarras sonaban fuertemente distorsionadas. Se veía un sinfín de pedales en el suelo, flanger, chorus, fuzz, wahwah. Y lo mismo sucedía con el bajo. En los fondos de los escenarios se amontonaba una cantidad enorme de amplificadores, ecualizadores, compresores y altavoces. Y ¡la batería! En vez del kit de siempre ahora se montaba con dos bombos, 4 o 6 timbales e innumerables platillos.

Además, las canciones duraban ahora quince o veinte minutos en vez de los escasos tres y medio de antaño. Esto si brindaba la oportunidad de desarrollar la improvisación creativa. Era como romper un poco las reglas del juego. No solamente romper un poquito las reglas de juego, más bien intentar de cambiarlas.

A Parzival todo esto le parecía muy, pero muy interesante. Habrá que adoptarse, ir con los tiempos que corren, pero sin renunciar a sus propias ideas. En Karadigan, siendo una ciudad grande pero no una capital importante, no se encontraba una tienda musical con un stock variado. Para ampliar su batería Parzival tendría que desplazarse a una mega city. Cuando llegó a Dinasdaron se daba cuenta que también en este lugar el ambiente era el mismo como en Karadigan. Parecía que estos movimientos eran universales, por lo menos en las ciudades importantes. Finalmente localizó el comercio idóneo y adquirió las partes deseadas para completar su batería. Esto ya era más contun-

dencia, más poderío. Rápidamente se hizo dueño de las nuevas posibilidades de su instrumento, incorporó una mesa de amplificación potente y renovó totalmente su show. Siguió con su periplo por los clubes, incluso le contrataron para un gran festival. El evento se celebró en una arena deportiva. Numeroso público acudió, se estima que eran unos cincuenta mil. Parzival tocó su programa con la nueva mega batería.

No hay que mencionar que el triunfo fue suyo. Sin embargo, a él le quedaba un regusto amargo. Es muy bonito de actuar delante tanta gente, pero uno está alejado del público. La distancia entre el escenario y los espectadores es demasiado grande. Las luces de los focos ciegan al artista impidiendo que él pudiese ver a sus fans. No hay comunicación directa con la audiencia. Encima, estos macro eventos organizan empresarios como Lähelin o Clamide, que no son músicos o artistas, sino comerciantes de pura cepa. Parzival lo tenía claro, su sitio eran los clubes pequeños, las discotecas perdidas, los pubs anónimos, donde él estará en contacto directo con el público, donde sentirá el calor humano sin barreras. En vez de actuar unas pocas veces al año muy bien pagado en grandes eventos, es preferible trabajar en sitios pequeños que pagan menos, pero tocas todos los días.

23 - Mayo

Unos días más tarde, Parzival llegó a Camelot, la gran capital y sede del gobierno. Se palpaba un ambiente aún más enrarecido y bastante violento. En numerosas calles y plazas hubo manifestaciones y protestas. Sonidos de sirenas se imponían al ruido del tráfico. La policía impregnaba con sus tanquetas el aire con gases lacrimógenos. Pasajes cortados por barricadas, gritos y pitidos, megáfonos y bolas de goma, adoquines volando por el aire, gases irritantes, correrías por las grandes avenidas y refugios en callejuelas estrechas. No era una guerra civil, ni de lejos, pero esto sí, una revuelta estudiantil en toda regla. Aquel sueño hippiesco y veraniego del estío pasado, de vivir en paz al lado de la sociedad, ha demostrado su imposible realización, los poderes fácticos no lo permitían ni lo toleraban. Ergo, abajo con todo el tinglado. Y de repente la mecha encendió un fuego que iba en aumento, no solamente en Camelot, se expandió por todas las ciudades. A Parzival le pareció todo esto correcto y necesario, pero, que podría contribuir él, siendo solamente un músico, baterista para ser exacto. No cantaba, no tenía ni una canción de protesta, solamente sus tambores y sus baquetas.

Un día de estos entró por casualidad en un pequeño club de jazz del barrio estudiantil. Pero, qué cosa más extraña, el grupo en el escenario interpretaba una música rarísima. Parzival jamás había escuchado algo similar, ni de lejos. No se notaba ritmo alguno, parecía que los sonidos flotaban aleatoriamente

por el trascurso del tiempo. Las notas, sueltas sin hilo armónico, tejían entre ellas una estructura desconocida. Y por colmo, el baterista no marcaba el compás, en cambio sacó unos timbres inusuales de sus tambores usando una cantidad enorme de diferentes baquetas y escobillas. Incluso golpeó con sus manos los chismes y rasgaba los parches con sus uñas. En el primer momento Parzival estaba despatarrado, tenía intención de irse cuanto antes, mas como suelen ser las cosas, algo le picaba y le impidió abandonar este sitio. Como petrificado se quedó hasta el final de la actuación. Esta vez no era una aparición de dios o de unos ángeles que cambió su vida, esta vez era la iluminación por unos músicos que revelaban una manera muy distinta de entender la música. Claramente era otra forma de protesta, de clamar por un cambio.

Él se enteró luego que esto se llama “Free Jazz” o “New Thing”. Para crear algo nuevo es necesario romper todas las fronteras musicales, sean armónicas, rítmicas o melódicas. Empezar otra vez desde cero. Hacer música sin ataduras, improvisación libre, la creatividad espontánea en el acto, improvisación colectiva. Libertad, liberté, freiheit, freedom, FREE Jazz, el Jazz libre, la música libre de toda atadura, lo único que cuenta es la inspiración y la creatividad sin límites.

Entonces el baterista ya no estará obligado de mantener el ritmo, ahora también se podrá dedicar a improvisar libremente, crear timbres y dialogar con los otros instrumentistas. Para tal fin será menester indagar en la creación de sonidos, ¿con qué utensilios se puede golpear o acariciar los parches y los pla-

tillos, qué cacharros se prestan para sacarles unos timbres sonoros? Unos conocidos le hablaron de un compositor contemporáneo que había escrito unas obras para un piano preparado colocando un montón de objetos encima de las cuerdas, de los macillos y de los apagadores del instrumento. Entonces ¿Qué pasaría si intento de hacer lo mismo con mi batería? ¿Qué efecto produciría una toalla colocada encima de un plato? ¿Cómo sonaría un pequeño platillo puesto encima del parche de la caja? Delante de Parzival se abrió un campo inmenso de posibilidades acústicas, parecía que para él ya no existían limitaciones referidas a la creación musical. Nuestro héroe experimentó una sensación como si él hubiese entrado en un nuevo universo musical que ahora tendría que explorar y conquistarlo.

24 - Ampliando

Esta manera novedosa de sacar sonidos de su instrumento encantó Parzival de sobremanera. Interactuar con los otros músicos e hilar conjuntamente el tejido musical le parecía fantástico. Pero ¿qué pasa si uno está actuando en solitario? Claramente el solo de batería tradicional como acto de circo mostrando toda la habilidad con el paradiddle, el redoble y la velocidad del golpeo se ha terminado. Hay que encontrar algo nuevo. La solución podría ser crear unos paisajes acústicos, contar historias sin palabras, únicamente mediante sonidos de batería. Era una manera distinta de entender su instrumento, simplemente tocar música y crear mundos sonoros que llevan al oyente a nuevas regiones de vivencia musical.

El único contratiempo fue la negativa de los clubes de Jazz y de las salas de Rock de contratar una cosa tan vanguardista. La respuesta fue siempre la misma: Esto no es Jazz, no es Rock, no se puede vender.

Seguramente existirían otras posibilidades de actuar, solamente hay que encontrarlas. Parzival empezó a preguntar en bibliotecas y colegios. Y el éxito le daba la razón. Incluso le contrataron algunos ayuntamientos que se encontraban alejados de los circuitos culturales establecidos. Así las cosas, Parzival empezó a actuar en Guarderías, en colegios, en hogares de pensionistas, en bibliotecas, en museos, en jardines públicos, en plazuelas escondidas de aldeas remotas, siempre contando sus historias sin palabras con

la batería. Le encantó la idea de acercarse a la gente al mundo de la música, gente que seguramente jamás hubiese estado en un concierto y menos aún en un evento de música contemporánea.

En la plaza de un pequeño pueblo llamado Neranden se celebraba la feria del libro. Para amenizar la tarde contrataron a Parzival con sus cuentos sin palabras. No era el único en el escenario, también actuaba un cuentacuentos. Lo curioso fue que este acompañó sus relatos con sonidos y música que sacó de un engendro que parecía una maleta con teclados y cables. Eran sonidos insólitos que no se asemejaban a ningún instrumento conocido.

Gangier, así se llamaba el cuentista, explicó a Parzival que se trata del Synthi V, un sintetizador. Mediante este aparato se pueden producir un sinnúmero de sonidos. Todo se basa en ondulaciones electrónicas que luego se pasan por filtros y otros moduladores. Esto te permite crear tu propio mundo sonoro y sorprender al público con nuevas sensaciones musicales.

Parzival se percató al instante de las inmensas posibilidades que ofrece este instrumento.

“Yo puedo cambiar el sonido de la batería a mi gusto según la afinación y la manera de tocarla. También puedo tocar las bordes, los marcos y los cuerpos de los tambores. De esta manera consigo sonido parciales armónicos y no armónicos. Entonces el sintetizador parece la continuación lógica para un creador de sonidos como yo. Ahora podría disponer de un sinnúmero de tonos, timbres y ruidos. ¡A comprar uno y a practicar!”

Parzival se acercó corriendo a la tienda musical más próxima y adquirió uno de estos instrumentos. Dedicó todo su tiempo libre a aprender el funcionamiento del sintetizador. Hay que conocer los distintos tipos de ondas: sinusoidales, cuadradas, diente de sierra y triangulares. También es importante saber usar los filtros y establecer el flujo de la señal electrónica.

Pronto logró incorporar algún que otro sonido y timbre en su show y compaginarlo con la batería. Concierto a concierto aumentó su maestría. Finalmente parecía ser un hombre orquesta. El público se dejó llevar encantadísimo a experiencias musicales hasta ahora desconocidas. Y el éxito le confirmó que esto era el camino a seguir.

25 - La flor

Obviamente Parzival no tenía conciertos todos los días. Usualmente le contrataron los fines de semana, sobre todo los viernes y los sábados. El resto de la semana tenía a su libre disposición. Una parte del tiempo dedicaba a buscar nuevos sitios para actuar. Ahora bien, también tenía que mejorar su técnica e investigar más en la creación de su mundo sonoro. Viajando de un sitio a otro no disponía de un local de ensayo como el resto de los músicos. Sin embargo, conduciendo, como era su costumbre, por carreteras secundarias, muy a menudo encontró un pequeño claro de bosque, un prado diminuto o un jardín abandonado. Entonces solía sacar una parte de su instrumento y empezar a practicar sus ejercicios. A veces pasaron unos transeúntes que se pararon sorprendidos. Algunos echaron un vistazo rápido y siguieron con su camino. Otros se quedaron un tiempo observando detenidamente la escena y comentando lo visto. También los había que se dirigieron a Parzival preguntando qué significa esto y de qué se trata. En unas pocas ocasiones le indicaron un sitio cercano para actuar o le contrataron directamente con su show. Pasaron los días, los meses de mayo, de junio, y de julio hasta aquel mediodía de agosto.

La carretera bordeada por unos setos conducía a través de una llanura verde. Parzival descubrió al lado de la calzada una mansión abandonada, parecía ser de estilo barroco, pero ya bastante descaída. Delante de ella se encontraba un pequeño prado con

algunos árboles majestuosos. Dado el calor estival y el sol radiante, Parzival decidió montar su equipo de prácticas debajo de uno de estos árboles, sin darse cuenta que se trataba de una Magnolia grandiflora, aprovechando su sombra. Empezó con sus ejercicios de siempre, redobles, flans, drags y paradiddles. Luego sacó las escobillas, hace tiempo que no practicaba con estas. Empezó con el ritmo base para finalmente probar unos fill-ins. Lleno de emoción golpeó con el pedal de la derecha el bombo tan fuerte que una flor del árbol se cayó directamente delante de su batería. Parzival la miró y paró de golpe. Su mirada fijada en la flor, su cuerpo petrificado, miles de pensamientos pasaron por su cerebro. Flor ... blanca ... solitaria ... BLANCHE FLEUR ... condawimur ... brobarz ... pelra-peire ... felicidad ...

No se sabe cuánto tiempo estaba así paralizado, pero el caso es que Kaye, el mayordomo del rey Arturo, viniendo de un concierto de un pueblo cercano, pasó por la misma carretera. Viendo al baterista, frenó el coche y se bajó. Saludó a Parzival, pero este ni se movía ni le respondió. Entonces Kaye sacó su contrabajo del vehículo y empezó a tocar algo para provocar al desconocido. Parzival empezó a acompañarle como un autómatas, pero sin quitar la mirada de la flor. Y cuando Kaye paró, Parzival también dejó de tocar y se quedó otra vez inmóvil.

En este momento llegó Gawain, que también venía del mismo concierto. Kaye le contó el extraño comportamiento del baterista inmóvil. Gawain le contestó "Esto tiene que ser el efecto de la flor esta" y pronun-

ciando estas palabras tapó la flor con un pañuelo. Parzival se despertó como si le hubiese tocado un rayo." ¿Blanche Fleur, Condawimur porque te has ido? ¿Dónde me encuentro? ¿Qué ha pasado?" No se acordaba de nada y les preguntó: "¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué hacéis aquí?"

Ellos se presentaron y le explicaron lo de la flor y de su ausencia mental y que venían de un concierto y ahora se dirigen a un encuentro con el rey Arturo que se encuentra no muy lejos de este lugar.

"Por todo lo que vemos, tú tienes que ser el célebre Diablo Rojo ¿por qué no vienes con nosotros? Toda la gente de la corte tiene una gana tremenda de conocerte ya que tu fama recorre el mundo entero".

Parzival acepto alegremente, desmontó su batería, la guardó en su Ford transit y siguió a los coches de los otros dos.

26 - La corte

El estrecho valle se ensanchó paulatinamente para dejar espacio a una llanura soleada. En la lejanía se podía vislumbrar una carpa gigante. Hacia ella se dirigieron. Tuvieron que pasar por una esplanada llena de coches aparcados. Luego entraron en la carpa. Mucha gente estaba sentada en numerosas mesas. Los unos bebían, los otros comían y todos disfrutaron del ambiente muy agradable. Un grupo de músicos amenizaba el festejo. Delante del escenario se encontraba una enorme mesa redonda. Kaye y Gawain dirigieron Parzival a esta mesa y le presentaron al rey Arturo. Este le daba la bienvenida y le invitó a sentarse a su lado. Entre los allí presentes se podían identificar Lancelot, Iwein, Gaschier, Galahad, Lac, Lot, Utepan-dragun y Brandelidelin. Obviamente no faltaban Ori-lus, Kingrun Scheneschlant, Clamide y Lähelin. En fin, toda la corte estaba reunida.

Todos querrían saber las nuevas del “Diablo Rojo”. ¿Qué le había pasado después del trágico suceso con Ither de Gahaviez? ¿Dónde había aprendido tan rápidamente el manejo de su instrumento hasta convertirse en uno de los mejores bateristas? ¿Cómo se había granjeado esta fama que recorre todos los sitios? ¿Por qué ahora toca sólo, sin grupo ni acompañado por otros músicos? Preguntas sobre preguntas, y respuestas sobre respuestas. Entre las charlas, la comida y la bebida el convite se hacía muy agradable.

Al lado de Parzival se sentó Gawain. Este era totalmente lo contrapuesto de Parzival, nada de autodidac-

to. Ya en su tierna infancia le daban clases de solfeo y de guitarra. Luego se fue a una escuela de música, después a un conservatorio para finalizar con un doctorado y un master de Universidad. Era el guitarrista más fino, más elegante, técnicamente impecable, pero, también el favorito de todas las mujeres.

“Déjanos tocar algo conjuntamente, mi guitarra y tu batería, tendría que ser una maravilla”. Y se subieron al estrado, cogieron sus instrumentos y empezaron. Cuando se sentaron otra vez en la mesa, Gawain inquirió” Esto me ha gustado de sobre manera ¿Por qué no formamos un super grupo, cosa tan a la moda? Triunfaremos en todos los sitios y en todos los charts. Tengo precontratos de Lähelin para unas giras mundiales venideras”.

De repente se escuchó un ruido tremendo. Un tractor, que seguramente había salido de cualquier charrería, entró en la carpa y se acercó al escenario. El volante manejó una mujer. Tenía un aspecto feísimo, era vieja y desgastada, encima vestida con unas telas que parecían harapos. Se hizo un silencio sepulcral. La anciana saltó del vehículo y se aproximó a Parzival:

“Tú eres Parzival. Tú has visto al pescador. Tú has estado en Montsalveche. Tú has escuchado las lamentaciones de los allí congregados. Tú has visto la arqueta. Pero tú no has visto nada, no has oído nada. No preguntaste, no hablaste, fallaste en salvar el Santo Gral de la música. Eres un fracasado, ¡maldecido!.”

Arrancando el tractor de nuevo, la vieja se fue. La gente la reconocieron, era la portavoz de Montsalveche. Solía aparecer raramente y siempre con mensajes

importantísimos. Paulatinamente los asistentes salieron de su silencio y empezaron a preguntarse qué significa todo esto. Nadie sabía dónde se encontrase Montsalveche, aunque algunos lo habían buscado en vano. Tenían constancia que se tratase de una congregación o fraternidad que vigilaba el buen uso de la música. Incluso se mandaba a veces excelentes músicos de sesión a estudios de grabación si hacía falta. Lo mismo sucedía si un artista necesitaba un refuerzo para su gira internacional. Y parecía que las reglas de la conducta y ejecución impecable de la música se encuentren en este Santo Gral. En la carpa reinaba mucha curiosidad y muchísima más ignorancia respecto al tema.

Al cabo de un rato, Gawein puso su mano encima del hombro de Parzival y le dijo: “No te preocupas tanto por esta vieja. No será tan grave, no te hundas ahora, vamos a montar este Super Grupo. Ya tengo muchos contratos a la vista, olvidemos este suceso y vamos a triunfar”. Después de un minuto respondió Parzival: “Gracias por darme ánimo, pero no puede ser. Tengo que digerir el mensaje y emprender un camino nuevo que solamente será el mío.”

27 – La busqueda

Parzival se despidió rápidamente de Gawain, con un movimiento de su mano derecha saludó efímeramente al resto de los congregados, se dirigió a su Ford Transit, se montó y arrancó.

¿Y ahora qué? Hace ahora dos días que aparcó el coche al lado del estanque. El agua y los pinos circundantes transmitían paz y sosiego. Precisamente esto era lo que Parzival buscaba. Aún retumbaban las palabras de la portavoz en su cabeza. Se mezclaban con la imagen de Sigune y la visión de la gran sala de Montsalveche. ¡Observa y no preguntes! le ha dicho su maestro, el venerable Gurnemanz. Y el resultado fue aparentemente un gran fracaso.

Una y otra vez cogió el tambor que le había regalado Anfortas, el pescador de Montsalveche. Tocando con sus manos, casi acariciándolo, esperaba encontrar una respuesta a su situación. Triunfante, con una fama extraordinaria, reconocido siendo uno de los mejores bateristas, admitido en la corte del Rey Arturo, y sin embargo, puesto en evidencia delante esta misma corte.

Pasaron oras y oras sin poder encontrar el sosiego necesario. ¿Qué va a hacer? ¿Seguir siendo el diablo rojo? ¿Continuar con su show en solitario? Parzival, “A través del valle”, encontrar la salida a la llanura. Y de repente tomó la decisión: Voy a buscar Montsalveche antes de salir otra vez a las llanuras.

Guardó su tambor en la furgoneta y se sentó al vo-

lante. Curva tras curva, subiendo cuestas, bajando pendientes, sobre asfalto y por caminos de tierra, atravesando bosques y malezas, montaña para arriba, montaña para abajo, sin descanso, sin fin, hasta que tropezó con la ermita de Sigune. Se bajó del coche y golpeó la ventanita de la puerta. Sigune la abrió y le preguntó:

“Pero ¿qué haces tú otra vez aquí?”

“¡Ayúdame por favor! Estoy buscando Montsalveche. Tengo que encontrarlo urgentemente. ¿Dónde está? ¿Cuál es el camino?”

“Esto es imposible. Montsalveche no se busca ni se encuentra. Ellos te llaman y te invitan cuando el tiempo haya llegado”Y Sigune cerró la ventanita.

Decepcionado y con más dudas aún que antes, Parzival se sentó otra vez al volante. “Tengo que salir de esta maldita sierra” se dijo. Y sin rumbo fijo, pero con la llanura en su mente, arrancó el Ford Transit y cogió la primera carretera a la vista. A los pocos kilómetros la travesía de una aldea estaba cortado a causa de las fiestas patronales.

En la plazuela el típico conjunto musical, un trio compuesto por un hombre y dos cantantes con minifaldas. El muchacho tocaba una cosa parecida a un órgano eléctrico o un sintetizador. A su lado tenía una caja de ritmo electrónica. Esto era todo, ni músicos ni batería, todas las canciones enlatadas. “¿Esto entonces es el porvenir musical, y mi arte o el de cualquier instrumentista ya no cuenta?”. Con este pensamiento dio la vuelta y buscaba otra salida.

28 – La vuelta

La bajada del último puerto, ya se veía la costa en la lejanía. Por fin, Parzival dejó atrás las sierras, pero no su tormento mental. Necesitaba ayuda y consuelo. Y no hay nada mejor que regresar al punto de partida. Efectivamente, unos días más tarde atravesó el portal de la villa de Brobarz y aparcó el Transit en la pequeña esplanada detrás del muro medieval. Con un ánimo entre alegría y pesadumbre empezó a subir la calle. El letrero luminoso “Pelrapeire” indicó que el local estaba funcionando. Vaciló unos instantes, no sabía que le podría esperar, si su decisión fuese la correcta o no, pero finalmente superó sus dudas y entró por la puerta. El abrazo de Blanche Fleure fue el equivalente al tiempo de su ausencia. Sin medir palabras los dos se fueron al aposento.

Por la mañana, con un riquísimo desayuno en la mesa, Parzival empezó a contar sus aventuras y desventuras. Blanche Fleur escuchó atentamente sus historias sin interrumpir el relato. Al finalizar su epopeya Parzival sugirió: “Me gustaría tocar otra vez con Mampfilyot y Kyot, como en los tiempos pasados.” Y se sentó en la batería y cogió las escobillas.

Al terminar la sesión se acercó a la barra para tomar un buen trago de cerveza. “Esto me gusta” se dirigió a Blanche Fleur. “Pero no sé qué tengo hacer. Podría quedarme aquí y olvidarme del mundo de fuera, o volver a Soltane y Kanovaleis y vivir el resto de mi vida de los ingresos de las discográficas. Ignoro cual es mi

destino, estoy lleno de dudas, esto de la maldición me afecta profundamente, a veces me invade la gana de tirar todo al carajo. No sé”.

Después de una pausa le respondió Blanchefleur: “Tú debes seguir el camino que emprendiste hace tiempo ya. No puedes retornar, solamente vale avanzar. Montsalveche te ha buscado dos veces, no has sido tú, han sido ellos. Esto significa que aún te queda una misión que cumplir. Tienes que proseguir tu búsqueda de la música verdadera. Quítate el nombre del ‘Diablo Rojo’, conviértete en lo que eres, en Parzival, nada más y nada menos.” Mampfilyot asintió: “Tu necesitas la música en vivo, no podrías retirarte a Soltane o sitio similar. Asimismo, Pelrapeira se va hacer demasiado estrecho para tus inquietudes. Como dice Blanche Fleure, necesitas salir otra vez, buscar tus inspiraciones y cualquier día Montsalveche te llamará.”

Parzival quedó unos días más en Brobarz. Lo aprovechó para cambiar el Fort Transit, que lo dejó a Blanche Fleur, por un Citroën C15. Por otra parte, redujó el tamaño de su batería guardando los instrumentos superfluos en el club Pelrapeire.

Una mañana temprana se despidió de Blanche Fleur con un abrazo largo y tendido. Con el corazón lleno de tristeza y la mente rebosante de energía se montó en su nuevo vehículo para emprender el viaje 2.0 a ninguna parte.

29 - Sin rumbo

Otra vez en la carretera, sin rumbo fijo buscando no se sabe qué. De pueblo a pueblo pasando por ciudades y de vez en cuando un concierto o una actuación en una pequeña sala. Claro, Parzival tenía que encontrar algo para perfeccionar su música. Solamente de esta manera le llamarán otra vez de Montsalveche. Con esta premisa iba a muchos conciertos de muy variados estilos musicales. Descubrió un universo vasto de posibilidades musicales. Una flauta africana nos suena bastante familiar, incluso su swing suave. La pentatónica china se diferencia algo de la occidental. Sin embargo, la afinación hindú ya es muy distinta, aunque no desagrada. Y qué decir de los patrones rítmicos del Punjab que se alejan bastante de nuestros cuatro por cuatro o tres por cuatro. Asimismo, existen algunos instrumentos que podemos calificar como raros, como el Mouth Harp o el Didgeridoo de los aborígenes australianos.

Hay tantas ideas musicales como culturas, o incluso más. Como si esto de ir a recitales y conciertos no bastase, Parzival también acudió a simposios, ponencias y charlas sobre la teoría de la música. Incluso se metió como oyente en clases de musicología. Y siempre atento a todo, mas sin preguntar. Observa y aprende.

Una multitud de cuestiones pasaron por su mente. ¿Se inventó primero un instrumento y luego se crearon las escalas correspondientes? ¿O fue al revés, se ideaba una afinación basada en principios filosóficos

o teológicos y a continuación se fabricaba un instrumento que fue capaz de reproducir la música en esta escala? ¿Qué significan todas estas reglas de la buena ejecución de la música, esto de evitar el tritono, la prohibición de usar paralelos de quintas y octavas? Le parecía cada vez más que la música se está en-corsetando en detrimento de la libertad de la creación.

No se sabe cuántos días o semanas ya llevaba con estos pensamientos retumbando en su cabeza. Una tarde, al pasar por una ciudad pequeña, vio de repente un rótulo que ponía "Discos raros y cervezas frías, la tiendecita de Cinglor". ¡Vaya invitación! se pensó Parzival al instante, paró su Citroën C15 y entró.

"Que es esto de discos raros" preguntó Parzival.

Invitándole a una birra Cinglor le explicó:

"Mira, la música ya no es que ha sido durante siglos. Antaño los músicos tocaron en vivo, esto era la única posibilidad de disfrutarla. Pero entonces se inventó el gramófono y ya se podía escucharla en cualquier sitio sin presencia de los intérpretes. Poco después llegó la radio con sus retransmisiones en directo por todo el globo. Las discográficas avanzaron con los longplays, luego el vinilo de estéreo. Estos fueron los últimos que se grabaron analógicamente, muchas veces solamente en dos pistas. Y con estos me quedo, este sonido cálido, con apenas trucos eléctricos. Lo que vino después, estos CDs digitales masterizados en multipistas llenos de cachivaches electrónicos y luego subidos a las plataformas digitales de internet, esto ya no me interesa, por esto me quedo con estas antiguallas. "

“Pero hoy en día existen muchos conciertos en vivo” alegó Parzival.

“Sí, es verdad, no obstante, no son conciertos como antes. Son espectáculos para la masa. En estos escenarios gigantes se usa una parafernalia de aparatos, una multitud de técnicos cuida el sonido, la inteligencia artificial se preocupa de la afinación correcta, y, sobre todo, se hace uso indiscriminado del playback. Estos músicos ya son incapaces de tocar sin filtro en un pequeño club. Los que se forran y manejan todo este tinglado son los magnates y empresarios como Arturo, Lähelin o Clamide. Ellos dictaminan los estilos vigentes basándose en encuestas de mercado. Prefiero tomarme una cerveza y deleitarme con mis vinilos de siempre.”

“¿Entonces no hay solución?”

“Bueno, a veces se ve un rayo de esperanza que demuestra que, a pesar de todo esto, algo se mueve. Si te interesa, pasado mañana hay un evento en Gomeret con un compositor fascinante, te lo recomiendo encarecidamente”.

30 – Música concreta

“Qué sitio más curioso para un evento musical” se pensó Parzival. “Una biblioteca municipal.” Al entrar se daba cuenta que no hubo mucha audiencia. Casi todos asistentes tenían un aspecto de intelectuales, muy diferente al público usual de conciertos. En el pequeño podio se encontraba un atril de estilo neo-clásico, pero no se veía ningún instrumento. Cuatro altavoces montados en trípodes estaban colocados en las esquinas del salón. Con el retraso académico de 15 minutos apareció Pleherin de Sgardin y se acercó al podio. Se puso las gafas y colocó unos papeles en el atril antes de empezar.

“Hoy les voy a hablar de la música y concretamente de la música concreta. Y la primera cuestión es: ‘¿Qué es la música?’. Normalmente entendemos como tal unas oscilaciones armónicas del aire provocadas, sea por la voz humana, sea por unos instrumentos. Pero ¿Qué pasa con los otros sonidos o ruidos? La música concreta engloba todas las ondulaciones aéreas y las usa como material para la creación de obras sonoras. El procedimiento es muy simple. Se escoge un sonido cualquiera y se graba mediante un magnetófono o una grabadora. Luego se transforma este audio mediante técnicas electro-acústicas. He aquí el primer ejemplo, un miau de un gato. Ahora se invierte el sonido. Lo próximo es alterar la altura tonal. También se puede variar la velocidad de la reproducción. Otro método es la tabla de ondas que consiste en subdividir este sonido en sus subondas que luego se recorren cíclicamente.”

camente. Y lo más espectacular es cortar la onda en trocitos de unos milisegundos, llamados granos, que se usan para crear unos tonos acústicos espectaculares. Como ejemplo final os pondré una obra que se basa en una grabación tomada en una plaza de un pueblo.”

Un hombre mayor del público preguntó al conferenciante: “Esto no me parece ya música, esto de maltratar sonidos concretos mediante técnicas electro-acústicas no tiene nada que ver con tocar los instrumentos.”

Le respondió Pleherin de Sgardin: “Mire usted, si un trombonista varía el largo de la barra, entonces él también interfiere en las ondulaciones del aire, lo mismo ocurre cuando un flautista cierra los orificios de su instrumento. No hay diferencia, solamente se trata de cambiar las ondas de presión del aire. En fin, cualquier sonido puede considerarse y entenderse como música. Otra ventaja de la música concreta es que se puede prescindir del pentagrama, lo único que cuenta es el enfoque de la composición, valorando más la sensación acústica que la anotación, y la experiencia más que la teoría.”

31 - Trevinzet

Tres días después de haber escuchado a Pleherin de Sgardin, Parzival lo tenía muy claro y no hay que sorprenderse que él se apuntaba rápidamente a este movimiento de creación artística. Todo el mundo es música, solamente hay que captar y transformarla. No hacían falta muchos aparatos nuevos. Bastaba con una grabadora de bolsillo, un ordenador portátil y algunos programas específicos para la edición del audio. Las compras hechas, Parzival empezó a rastrear todos los alrededores en búsqueda del sonido ideal. Era un campo muy nuevo para él. Una cosa es afinar una batería, pero otra muy distinta es despertar la sensibilidad auditiva y valorar la idoneidad de un sonido para la creación musical. Grabar, recortar, manipular, transformar, desechar, empezar de nuevo. Vaya tarea más entretenida. A cabo de unas semanas logró incorporar en su programa unos sonidos concretos tomados en un parque infantil.

Después del concierto fue a dar un paseo por los alrededores como era su costumbre. De repente oyó unos tañidos etéreos que salían de una pequeña casa de estilo medieval. La puerta estaba entreabierta y la curiosidad venció a Parzival que se acercó para averiguar de que se tratase. Un hombre ya muy mayor estaba sentado encima de una alfombra. A su lado tenía varios cuencos que golpeaba suavemente con unas mazas de fieltro. Aproximando Parzival, el anciano levantó la vista y le daba la bienvenida.

“He visto tu concierto esta tarde. Tengo que decir

que me gustó bastante, sobre todo esta incorporación de los sonidos ajenos a la batería. Sin embargo, observé una carencia en tu manejo de la batería. Aunque dominas la técnica a la perfección te falta el alma. Una cosa es hacer golpes y la otra es hacerlos con conciencia. Hay que sentirlos. Mira, yo doy un golpe a este gong y ahora fíjate como se expande el sonido por el espacio, es como si flotase por el aire. Lo mismo es válido para cualquier instrumento, también para este gran bombo.

Esto pasa con todos los sonidos y tú deberías tener la conciencia de las vibraciones que emanan de tu instrumento. Y otra cosa es que la música no solamente consiste en juntar y ordenar sonidos tras sonidos. Hay que tejer un mundo sonoro, seducir al público con emociones, guiarlo a un mundo desconocido de sensaciones, contarle una historia cautivadora y no quedarse en la exhibición de la maestría técnica."

"Qué me aconseja para lograr esto"

"Mira, empiezas con un platillo solo. Le das un golpe e intentas de captar las emanaciones que salen. Prueba con golpes en distintas áreas del platillo incorporando en tu memoria las emociones que surgen. Después intenta de contar una historia únicamente con este platillo. Deja bastante espacio para que los sonidos se expanden. No en vano, la nota más importante de la música es el silencio. Haz que la historia se auto desarrolle, finalmente el platillo se convierte en tu guía, no tú al platillo. Luego lo practicas con más instrumentos, pero déjate llevar por su propia trayectoria, de esta manera trasmítes a la audiencia que el

relato es veraz y que no se trata de una mentira. El público y tú mismo vais a emprender juntos un viaje por el universo de los sonidos.”

Parzival puso manos a la obra. Unas semanas más tarde, estrenó en un pequeño auditorio su primera historia usando solamente una pequeña parte de su batería.

32 - Cuentacuentos

El día siguiente, Parzival se montó pensativo al volante. Necesitaba encontrar un lugar tranquilo para escudriñar los sonidos escondidos de sus platillos. A cabo de unas horas encontró un claro de bosque alejado de cualquier ruido mundano. Bajó del coche, armó un soporte, escogió un platillo y lo montó. Rememorando lo dicho del anciano empezó con los ejercicios. Un golpe y dejarlo flotar. Dos golpes, como llamada y respuesta. Y ahora dejar que evolucione y se desarrolle. Hora tras hora, el fino tañido metálico se difundía por la arbolada. Surgían pequeños bocetos, pero sin formar una historia larga. Entonces, Parzival decidió de probarlo con la batería entera. Sin embargo, se daba cuenta que era necesario cambiar la afinación de los tambores, hacer el tono más grave, más cálido.

Y surgió otro problema, ¿cómo se crea una historia solamente con sonidos de percusión? Empezó a hurgar en libros, tratados e internet. Bueno, existen bastantes sinfonías que describen algún que otro paisaje. Todo muy romántico. De estilo impresionista. Y los títulos ya anticipan las emociones a sentir: “Despertar en el bosque” - “Paseo alegre por el campo” - “Amanecer al lago” y un largo etcétera. Pero no son relatos, son como pinceladas de un cuadro paisajístico. Por otro lado, sí existen unas pocas obras que intentan de contar una historia, mayoritariamente se trata de batallas y guerras. Y surgen inconvenientes: El compositor fijó el desarrollo inmutable de la pieza escribiendo la partitura, y la audiencia conoce de antemano

el desenlace de la historia. No hay sobresaltos ni final inesperado.

“Tengo que encontrar una vía distinta. Cierro los ojos. Los sonidos sean mi guía, no mis ideas preconcebidas, me dejo llevar. Claro, esto significa que cada concierto sea totalmente distinto, no se sabe cómo va acabar, y el más sorprendido seré yo mismo. Entonces, a trabajarlo, pero solamente con la batería pequeña, ya que de cada instrumento se puede sacar una infinidad de matices sonoras. Luego ya veremos.”

Unas semanas más tarde, Parzival se encontró en el parque público de Wigamur, una ciudad menor. El público estaba sentado en el césped formando un semicírculo con nuestro protagonista en el centro. Con toda la tranquilidad montó su batería. Cuando todo estaba listo, y antes de empezar, se dirigió a la audiencia:

“Os voy a contar una historia, una historia medieval, algo así como una leyenda. Pero lo haré sin palabras, solamente mediante los sonidos de la batería. Lo mejor es que cerréis los ojos y os dejéis llevar por la música a través de vuestra imaginación.”

Al finalizar el concierto, una niña pequeña preguntó con voz alta: “¿Se casarán finalmente?”.

Esta experiencia confirmó a Parzival el camino a seguir, convertirse en un cuentacuentos musical mediante su batería.

33 - Feirefiz

Esta idea del cuentacuentos le parecía genial a Parzival. Nada de conciertos a la antigua usanza, si no capturar al público con leyendas sin palabras. El éxito fue abrumador, se confirmó que este es el camino a seguir. Encima, cada día la improvisación fue diferente. Parzival se dejó llevar por las emociones, cada leyenda terminó de manera distinta, fue imposible aburrirse. No obstante, limitó las actuaciones a un máximo de una por semana para no agotar su fuerza imaginativa y creativa.

Un buen día le llegó la noticia de que Gawain se a casar. Por fin, este playboy se va a rendir. Claro, Parzival estaba invitado a este evento. Canceló todas las actuaciones y se marchó dirección a Nantes donde se iba a celebrar la boda.

Una amplia esplanada era el sitio destinado para la ceremonia. Una gran masa de gente alborotaba el espacio. Evidentemente se encontraban allí todas las personas de la corte del Rey Arturo. Voy a evitar la enumeración de todos estos nombres. En el centro de la plaza se ubicó un gran escenario. Cuando llegó al evento, nuestro héroe buscó rápidamente a Gawain.

“Antes que empiece todo el tinglado, déjanos tocar juntos un blues, un blues de la despedida de soltero, un blues de la buena suerte,”.

Y los dos se subieron al escenario y cogieron sus instrumentos. Al terminar la pieza, otro hombre, desconocido, moreno, empezó a montar otra batería. Y

luego la probó. Claramente Parival no resistió a tan obvio desafío. Cogió el famoso tambor que le había regalado Anfortas y se sentó en su batería.

“Le voy a demostrar quién soy yo. Voy empezar con un redoble en crescendo que culminaré con un brutal golpe en seco para que a continuación comenzar con mi solo de verdad”.

Y con este golpe se rompió el tambor en mil pedazos.

“¿Pero esto que es? Qué raro, en mil pedazos, no puede ser. Ah, espera, un momento, ¿No me ha dicho Sigune que el tambor se romperá en el momento menos oportuno? Parece una señal, tengo hablar con este otro baterista, quizás pinta algo en este suceso.”

Y Parzival se acercó al otro baterista preguntando por su nombre.

“¿Hola, me llamo Parzival y tú quién eres?”

“Mi nombre es Feirefiz, soy de Zazamanc, mi madre es Belakana, la dueña de Patelamunt, y mi padre fue Gahmuret.”

“Entonces tú eres mi hermanastro porque también mi padre fue Gahmuret y mi madre se llamaba Herzeloyde.”

Se abrazaron los dos hermanastros, se sentaron en una mesita y empezaron a contar cada uno sus historias. Otros invitados se enteraron de la nueva y se aproximaron a los dos. Felicitaron a los dos hermanastros por haberse encontrados después de tanto tiempo. La ceremonia estaba ya a punto de empezar. Los novios se acercaron al escenario, Gawein con un

traje impecable de color negro y su novia luciendo una vestimenta blanca con bordados de oro.

En este momento se oyó un ruido muy fuerte viniendo de un coche deportivo. El bólido se frenó en frente de la mesa de los dos hermanos. Al volante se veía la portavoz de Montsalveche, pero esta vez vestida con una ropa de lujo, adornada con muchas joyas. Ella bajó la ventanita y con voz dulce sentenció:

“Parzival, súbete al carro, nos vamos a Montsalveche”.

34 - Montsalveche

Parecía que el tiempo volaba. Después de un corto trayecto llegaron a Montsalveche. Se encaminaron directamente al gran salón y entraron por el portal grande. Cientos de candelas iluminaron el sitio. En el lado opuesto a la entrada se encontraba un podio. Delante del podio se veían tres sillones de color púrpuro. La sala estaba repleta de gente que vestía la ropa de gala de Montsalveche. No quedaba ningún asiento libre, incluso algunas personas tenían que estar de pie. Se respiraba un ambiente distendido, no como en la primera visita de Parzival. En un rincón tocaba un grupo de jazz, pero esta vez la pieza elegida fue muy alegre. La portavoz dirigió Parzival a través de la muchedumbre y le indicó que se sentase en uno de los sillones colocados al lado del podio. A una señal de ella se hizo el silencio en la sala. Se abrió el portal grande y entraron Anfortas 'el pescador' y Titurel 'el anciano'. Ambos se acercaron al podio y se sentaron en los otros dos sillones. Luego entró una dama vestida con una larga túnica blanca. Pasó exactamente todo como en la vez anterior, las cuatro muchachas, la cámara secreta, la arqueta y la procesión. En la sala reinaba un silencio lleno de expectación. Lentamente se levantó Parzival, giró su mirada hacia Anfortas y con voz firme preguntó:

“¿Anfortas, por qué sufres tanto por la música?”

Apenas pronunciado esta frase, la sala estalló en aplausos. Durante minutos reinaba una ovación de pie.

“¡Viva Parzival, viva el nuevo director, viva el nuevo gobernador de Montsalveche, viva!”

Parzival pidió con su mano derecha que la gente se sentase y guardase el silencio.

“Anfortas, no hay que preocuparse por la salud de la música, goza de muy buena salud. Siempre existía el cambio, o, mejor dicho, la evolución. Y siempre había eruditos que intentaban conservar lo tradicional e impedir lo nuevo. En vano se opuso Platón a la *καὶνὴ μουσική* (*kainē mousikē*) que surgió del Pireos. En el siglo XV, *ars nova* ganó la batalla contra *ars antiqua* en París. Las reglas de la armonía clásica fueron superadas por el advenimiento de la dodecafonía. Lo mismo sucedió en el Jazz. Los defensores del Oldtime y del swing, como Titurel, no podían impedir el avance del Bebop y del Hardbop. Hoy en día, a pesar de tu resistencia, Anfortas, acontece otra transformación aún más radical en el mundo musical. El free jazz, la electrónica y la música concreta postulan la libertad creativa total, sin ataduras a cualquier regla impuesta por unos entendidos. Además, gracias a la globalización cultural, estamos conscientes de la multitud de expresiones musicales existentes, y todos son válidos. Vuestros tesoros, que guardáis en la arqueta, estas normas de escalas, ritmos, armonías y composición, pertenecen al pasado y han perdido la vigencia en el mundo actual. Lo mejor sería depositarlos en una biblioteca dedicada a la historia de la música. Por estas mismas razones creo que lo más sensato sería la disolución de Montsalveche o su reconversión en una

asociación dedicada a la investigación de la historia de la musica. Esta tarea la encomiendo a mi hermanastro Feirefiz. Lo que respecta a mi persona, declino el cargo que me habéis ofrecido. Me juntaré con Blanche Fleure y juntos emprenderemos el viaje a los confines del mundo sonoro”.

Y antes de irse, Parzival se sentó en la batería para tocar su retreta personal.

Terminada la retreta, Parzival se levantó, una sonrisa recorrió sus labios, con paso firme se encaminó hacia el portal, traspasó el umbral y salió finalmente al patio donde le esperaba Blanche Fleur con el C-15. Se montó en el vehículo y los dos emprendieron el viaje a ninguna parte 3.0.

Y con algo de suerte, estimados oyentes, algún día en cualquier sitio podáis encontrar a Parzival tocando su instrumento: LA BATERÍA.